

ORLANDO  
FURIOSO

COLLECCION ARABUCC

COLECCIÓN ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL  
ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública  
y de uso para las B. Circulantes.

ORLANDO  
FURIOSO



23844

# ORLANDO FURIOSO

POR

LUDOVICO ARIOSTO

RELATADO A LOS NIÑOS

POR

MARIA DE LA LUZ MORALES

CON ILUSTRACIONES DE

ALBERT

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



CASA EDITORIAL ARALUCE  
CORTES, 392 : BARCELONA

---

ES PROPIEDAD DEL EDITOR  
CONFORME A LA LEY

---

# INDICE

	<i>Página</i>
Prólogo. . . . .	7
Angélica. . . . .	11
Bradamante. . . . .	21
Orlando. . . . .	41
Rugiero. . . . .	51
Muerte del monstruo marino. . . . .	57
Más aventuras. . . . .	61
Medoro. . . . .	69
Angélica y Medoro. . . . .	77
Fin del escudo luminoso. . . . .	81
Orlando, enloquecido. . . . .	93
Más locuras de Orlando. . . . .	99
El sueño de Astolfo. . . . .	107
El juicio de Orlando. . . . .	113
Eodas de Bradamante y Rugiero. . . . .	119

## LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

	<i>Página</i>
Las alas del corcel eran inmensas. . . . .	<i>Frontis</i>
...y el choque fué tan terrible... . . . .	17
...y vió un gran caballo alado... . . . .	32
... el rey aproximó el fuego al orificio... . . . .	49
...pero los golpes de su lanza... . . . .	53
Y cogiendo rápidamente un tizón... . . . .	67
...encontraron una dama que lloraba... . . . .	82
...arrancó del suelo un pino gigantesco... . . . .	96
¡Detenéos paladines : es el Conde Orlando! . . . .	115

VICARIATO CAPITULAR  
DE LA  
DIÓCESIS DE BARCELONA

---

---

*Barcelona 21 de Octubre de 1914*

NIHIL OSBTAT

EL CENSOR

Franc. ° de P. Rivas y Servet

PRESBITERO

---

Barcelona 21 Octubre 1914

IMPRÍMASE

El Vicario Capitular

**JOSE PALMAROLA**

Por mandato de Su Sría.,

Lic. Salvador Carreras, Pbro.

*Scrío. Canc.*

Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el título de «Colección de obras maestras al alcance de los niños» dará a luz la Casa Editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma Católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principio o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguese dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

El Vicario Capitular

**JOSÉ PALMAROLA**

*Por mandato de Su Señoría*

DR. P. VALLÉS, PBRO.

*Pro-Scrío*

## PRÓLOGO

**L**OS libros de caballería son muy divertidos. Más no hay que olvidar que por ellos perdió el juicio nuestro Don Quijote...

El que aquí os ofrecemos es uno de los más famosos. Es hoy una de las obras clásicas de Italia. Lo escribió Ludovico Ariosto, poeta italiano del siglo XV.

Nació Ariosto el 8 de Septiembre de 1474, en Ferrara, y murió el 6 de Junio de 1533. Era noble pero pobre, y aunque desempeñó cargos muy altos y lucidos, ninguno lo cambiara de grado por el ejercicio de la poesía. Los más altos ingenios de su tiempo y los más nobles señores de Europa, le estimaron y le protegieron.

El duque de Ferrara, su señor natural, le distinguió más que a ningún otro poeta de la Corte, y Juan de Médicis,—que fué más tarde

el Papa León X—el marqués del Vasto y los señores de la Corte de Varbino, así como también muchos cardenales, príncipes y reyes le concedieron su amistad y aún le ofrecieron un lugar preeminente en sus Cortes y reinos. El emperador Carlos V, hallándose en Mantúa, quiso públicamente honrarle y honrarse colocando una corona de laurel en la cabeza de Ariosto.

Los que conocieron al poeta ferrarés dicen que era de exquisito trato, de acciones delicadas y amables, justo, humilde y sobrio, amante de su patria y sus reyes, y enemigo de la ociosidad, de las vanas ceremonias y de la adulación.

Escribió varias comedias y muchísimos versos, pero este libro de Orlando Furioso—que también compuso en verso, en octavas reales—fué su obra maestra en la que gastó quince largos años de su vida.

De esta obra, que es larguísima, pues, consta de dos tomos enormes de letra apretada, y en la que abundan las aventuras más extraordinarias de magos, de hadas y brujos, de al-

## PRÓLOGO

tos caballeros, de paladines y doncellas andantes, de peligros y monstruos extraños, de proezas, de guerras, de amores y de encantamientos, hemos escogido algunos episodios, no los más salientes, sino aquellos que siguen mejor la historia de Orlando, y, paralela a ésta, la de Bradamante, la doncella andante y guerrera.

Sin cansaros, pues, en la lectura del original que os aburriría por su mucha extensión, y en el que hay además parajes que, por su desenfadado, no convienen a vuestra tierna edad, creemos que esta adaptación bastará para que admiréis las bellezas de la gran obra clásica y conozcáis lo que era la potente imaginación de los poetas de entonces. Y para que paséis un buen rato en el mundo fantástico de los paladines, los magos, las hadas, los encantamientos y las doncellas guerreras y andantes.

Porque los libros de caballería son muy divertidos. Más no debe olvidarse que por ellos perdió el juicio nuestro Don Quijote...

MARIA LUZ



# ORLANDO FURIOSO

## I

### ANGÉLICA

**E**RA Angélica la altiva hija del Kan de Catay, la doncella más hermosa de su tiempo, y el paladín Orlando, sobrino del gran Carlomagno, el más noble y esforzado de los caballeros andantes. Estaba el héroe tan prendado de la bella, que por su amor había conquistado infinitos e inmortales laureles en la India, en la Media y en la Tartaria, más como Reinaldo, su primo, sentía a su vez un apasionado amor por Angélica, el emperador Carlos creyó prudente entregar la doncella a la custodia del duque de Baviera, y prometer su mano a aquel de los dos galanes

que en la primera batalla contra los sarracenos matase mayor número de infieles.

Mas sucedió que en aquella batalla los cristianos quedaron derrotados y el Duque fué hecho prisionero; Angélica quedó abandonada en su tienda de campaña y huyó antes de que los enemigos se fijaran en ella. Se internó en el bosque con su caballo y en un sendero estrecho divisó a un caballero que, a pie, cubierto con su coraza, puesto el casco, con la espada al cinto y embrazado el escudo, corría por la floresta llamando en vano a su caballo; era Reinaldo a quien se le había escapado Bayardo, su famoso corcel.

Al verlo Angélica, volvió las riendas a su palafrén y lo lanzó a toda brida hacia la espesura de la selva, dejando la elección de sendero al instinto del caballo que pronto llegó con su preciosa carga a la orilla de un caudaloso río. Allí cubierto de polvo y de sudor, hallábase Ferragús, el terrible sarraceno, que descansaba de la batalla. A su pesar se hallaba detenido allí, pues, en su precipitación por refrescar su garganta con el agua del río, había

dejado caer el yelmo y por más esfuerzos que hacía no lograba recobrarlo.

Angélica, sin pararse a mirar que era un enemigo de su fe y de su patria, se dirigió hacia él con los brazos tendidos pidiéndole protección contra Reinaldo que ahora la seguía muy cerca, y Ferragús, que, sin duda amaba también a la doncella, desenvainó su espada y corrió amenazador hacia Reinaldo.

Se trabó entonces el más terrible combate que imaginarse pueda; a pie los dos contrincantes, desnudos los aceros, se descargaban tan terribles golpes, que no ya las corazas ni las delgadas mallas, sino ni aún los más fuertes yunques los resistirían.

Y he aquí que en tanto, el caballo de Angélica se lanzó de nuevo a todo escape por el bosque y por el campo.

Los dos guerreros continuaban peleando, mas su valor y destreza no les valía para vencerse el uno al otro, pues, siendo iguales en fuerza y en coraje, todo el empuje del cristiano se estrellaba contra la resistencia del sarraceno, y al revés.

De pronto fué Reinaldo, señor de Montalbán, quien descansando la punta de su espada en el suelo, dijo así a su contrincante :

—¿Por qué detenernos aquí en inútil pelea cuando aquella a quien amamos huye de nosotros, y nos exponemos a perderla para siempre? Ni tu muerte a mí, ni a tí la mía nos darían poder para encontrarla, una vez internada en los frondosos bosques. Mas cuerdo fuera emplear ahora nuestro esfuerzo en buscarla y una vez la hallemos la espada o su voluntad decidirán de quien ha de ser ella esposa.

Aceptó el infiel lo que el caballero Reinaldo le proponía y aún, fiel a la tregua que allí mismo juraron, no quiso consentir que el caballero fuese a pie y le rogó que montase a la grupa de su caballo. Así, juntos, cruzaron valles y montes siguiendo siempre el mismo camino, hasta llegar a un lugar en que se dividía en dos. No sabiendo cuál de ellos habría seguido la doncella, pues en ambos se veían huellas recientes y parecidas, decidieron separarse y seguir cada uno el sendero que la

suerte le designase ; así Ferragús se fué por él de la derecha y Reinaldo por el de la izquierda.

Anda que andarás, fué hundiéndose Reinaldo en la espesura cuando vió una sombra blanca que corría delante de él ; intentó en vano alcanzarla y al fin, aunque sin llegar nunca a tocarla, reconoció a Bayardo, su caballo.

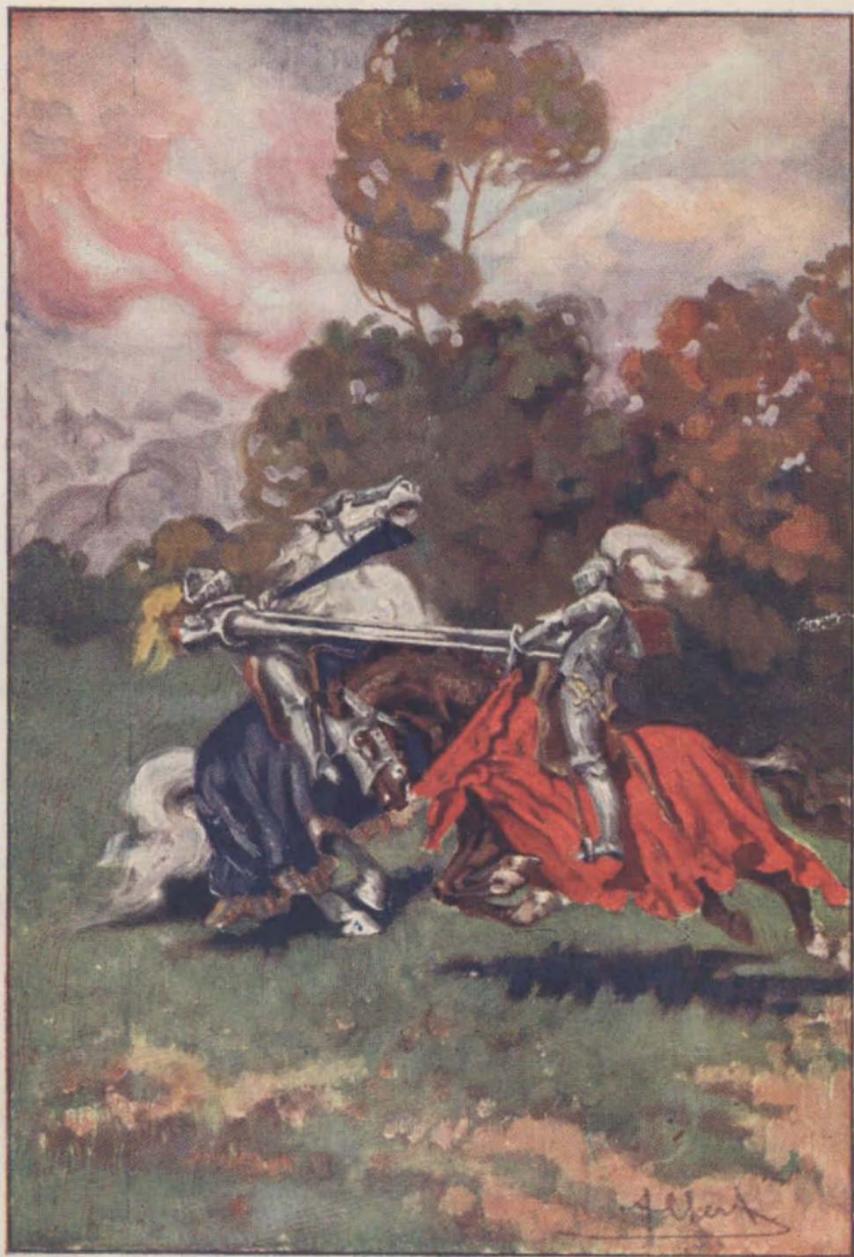
—¡ Deténte, deténte Bayardo mío,—gritaba el caballero—mira que si no te alcanzo me faltarán las fuerzas y no podré continuar mi camino !

Pero el noble animal, cuál si se burlara de él, redoblaba sus saltos y sus brincos, sin adelantar gran cosa y sin dejar, no obstante, que su amo le llegara a los alcances. Así, el caballero Reinaldo, se intrincaba cada vez más en la espesura.

En tanto, Angélica, segura de que los dos rivales se hallaban entretenidos en su recia pelea, aflojó la rienda a su caballo y se detuvo a la orilla de un río. Tan bello era aquel sitio, que la doncella no pudo resistir a la tentación y se echó en la fresca hierba deseosa de descansar un rato en aquella grata sombra, mas

apenas trató de conciliar el sueño cuando le pareció oír las pisadas de un caballo. Despertó sobresaltada y vió a un caballero armado que se detenía junto a ella y lanzaba profundos suspiros y derramaba tantas lágrimas, que aumentaban el caudal del río. Era el enamorado Sacripante, rey de Circasia, quien también estaba desde hacía largo tiempo tiernamente prendado de la bella Angélica. Al verla tan cerca de sí, se echó a sus plantas y le rogó una vez más que olvidase a Orlando y accediera a ser su esposa. Y en vano la bella intentaba alejarse, pues él, la retenía por las manos sin cesar de besar sus vestidos.

Mas he aquí que en aquel momento apareció en el bosque un caballero tan gallardo que semejaba el mismísimo San Jorge: blancas como la nieve eran sus vestiduras y blanco era también el penacho que se agitaba en su casco. Al verlo. Sacripante, creyendo que se trataba de otro nuevo rival que perseguía a Angélica, se caló el yelmo, corrió hacia su caballo, lo enfrenó, se colocó en la silla y embrazó la lanza. El caballero de la armadura



...y el choque fué tan terrible...

blanca, permaneció silencioso e inmóvil, mas Sacripante, lívido de rabia le retó a singular batalla. El desconocido cuyo valor no debía ir en zaga al del enamorado rey de Circasia, despreció las amenazas de éste, mas al fin, clavó los acicates en los ijares de su caballo y, siempre sin pronunciar palabra, enristró a su vez la lanza, y se dirigió hacia Sacripante.

Dos leones o dos toros furiosos que se lanzan fuera de sí, uno contra otro, no se atacan con tanta violencia como aquellos dos guerreros. A los primeros golpes quedaron atravesados los escudos y el choque fué tan terrible, que hizo retemblar los cerros y los valles. Por su parte, los caballos no corrían sino que saltaban, ni más ni menos que si fuesen carneros. Al fin el del circasiano, cayó muerto arrastrando en la caída a su señor, que quedó debajo: el otro caballo cayó también, pero, sintiendo en sus ijares la aguda punta del acicate, se levantó al instante.

Entonces el campeón desconocido viendo tendido a Sacripante bajo su caballo, se dió por satisfecho y se alejó, mas antes de perder-

se en el bosque se volvió hacia su contrincante, que aún no había tenido tiempo de levantarse y dijo así:

—Sabe, orgulloso Sacripante, que porque lo has querido has sido vencido y no por un guerrero sino por una débil mujer. Sabe, también que Angélica solo puede desposarse con Orlando, el más valiente caballero andante; sabe, en fin, que la que ahora te ha vencido no es otra que Bradamante, la princesa guerrera que recorre la tierra desafiando los mayores peligros en busca de su amado Rugiero.

Y esto diciendo desapareció en la espesura.

No hay para que describir la desesperación del infiel al verse vencido de tal modo por una débil doncella; en su furor hubiera querido tener delante mil rivales para dar cuenta de ellos al instante.

En esto vieron que cruzaba la selva una figura extraña; era Bayardo, el más célebre corcel que los siglos han visto, el cual venía dando unos saltos y carreras tan prodigiosos que más parecía carnero o perrillo que caballo.

Sacripante le echó mano a la brida e intentó

sujetarlo, pero nunca lo hubiera hecho porque el corcel entonces dando una vuelta rápida despidió un par de coces con tal fuerza que habrían sido capaces de hacer pedazos una montaña de bronce. Después se acercó manso y humilde a la doncella y se arrojó a sus pies que lamió como un perrillo.

Guiado por Bayardo llegaba ya Reinaldo al lugar donde Angélica y el rey de Circasia se encontraban. Al verse los dos rivales desnudaron de nuevo los aceros que cruzaron con sin igual denuedo.

Y Angélica, en tanto los enamorados caballeros se asestaban furiosos golpes, montó en Bayardo y se perdió ligera en la espesura.



## BRADAMANTE

**B**RADAMANTE, la atrevida doncella que en singular combate venció al rey de Circasia, era hija del duque Amón y de su esposa Beatriz y hermana por tanto del noble caballero Reinaldo a quien igualaba en valor y denuedo. Prometida a Rugiero, guerrero de la corte de Francia, se había visto separada de él por las artes de una odiosa maga que, envidiosa de la belleza y el poder de la doncella, la odiaba y la perseguía tenazmente. Por ello Bradamante recorría la tierra por valles y montañas, desafiando peligros y llevando a cabo proezas, siempre en busca de su amado caballero.

Anda que andarás, dejando suelta la rienda a su caballo, que el azar conducía, fué a dar en un bosquecillo a cuya sombra se hallaba sen-

tado un joven cuyo rostro mostraba las huellas de una pena profunda.

Siendo Bradamante tan compasiva como valerosa, preguntó al joven cual era la causa de su dolor, y él entonces habló así:

—«Has de saber, noble guerrero—no hay que olvidar que Bradamante iba vestida de blanca armadura, y llevaba cubierto con la celada el rostro—que hallándome en un delicioso valle en compañía de mi esposa apareció por los aires un caballero armado, jinete en un caballo alado y arrebatándome a mi dama se la llevó por los aires. Yo, en vano, grité, corrí, quise volar como él... Viendo que esto era imposible, emprendí el camino en la dirección que a mi parecer habían seguido y pronto me encontré en un desfiladero con horribles peñascos y rocas a ambos lados donde mi voz y mis lamentos se perdían sin que alma viviente los oyera. Así anduve seis días enteros por cimas y pendientes horrendas hasta llegar a un valle inculto y salvaje rodeado de ásperas montañas y cavernas espantosas. En medio de este valle se alzaba una escarpada roca que servía de ba-

se a un castillo maravillosamente bello. Sus murallas no estaban hechas de ladrillo ni de mármol sino que eran todas de acero y por eso brillaban al sol como una llama. Me bastó ver aquel castillo prodigioso para comprender que en él debía haber guardado a mi esposa el guerrero que montaba el caballo alado, pues, aquel peñasco es tan elevado, que solamente las aves pueden llegar hasta él.

«Permanecí como petrificado en aquel lugar tratando en vano de imaginar un medio para entrar en el castillo cuando ví a dos caballeros que, guiados por un enano, se dirigían también hacia la roca. Les pregunté sus nombres y me dijeron ser el uno Gradaso, rey de Circasia, y el otro Rugiero, el noble guerrero que busca a su dama sin encontrarla nunca.

»Vienen—me dijo el enano—a luchar contra el señor de ese castillo que cabalgando en el cuadrúpedo alado se apodera de las más bellas damas y de las más inocentes doncellas para encerrarlas en ese castillo hasta que por turno, las devora.

»Los dos caballeros me refirieron como el

mago, dueño del cuadrúpedo alado, había robado a la prometida de Gradaso y como Rugiero le acompañaba en su intento de liberarla. Les conté yo también mis cuitas y nos juramos ayudarnos los tres hasta vencer al mago.

»Gradaso quiso ser el primero en desafiar al adversario. Se acercó la bocina a la boca y sacó de ella sonidos tan fuertes, que hizo temblar el peñasco y la fortaleza. Y he aquí que de pronto se abren las puertas y aparece un caballero cubierto con negra armadura y montado en el caballo alado. Un instante después, lo veíamos remontarse por los aires hasta tocar las nubes, e inmediatamente bajaba con la lanza enristrada y se precipitaba sobre Gradaso tirándolo al suelo. Cuando Gradaso sacó su espada para defenderse, dió en vano sus golpes al aire, pues el caballo alado se había remontado de nuevo. Sin cesar de agitar sus inmensas alas bajó otra vez y golpeó a Rugiero sin darle tiempo a defenderse. Así, en este juego, transcurrieron varias horas luchando los dos caballeros desde la tierra y el nigro-

mante desde los aires, tan pronto en las nubes, tan pronto a ras del suelo. Yo, sin atreverme a tomar parte en la batalla, les miraba de lejos. Y ví que de pronto, el jinete del caballo alado, cansado ya sin duda de aquella burla que a los dos nobles guerreros hacía, dejó caer una tela de seda que cubría su escudo y éste lanzó tan vivo resplandor, que a su vista los dos caballeros cayeron deslumbrados y desfallecidos. Yo, a pesar de estar más lejos, caí también al suelo sin sentido, y cuando lo recobré ya no ví sombra ni rastro del caballo alado, de los dos caballeros, ni del enano que hasta allí los había conducido».

Calló el joven y Bradamante, que, al oír nombrar a Rugiero había prorrumpido en exclamaciones de alegría, al saber el peligro en que su prometido se hallaba, unió sus lágrimas a las del desconocido.

—Llévame a ese castillo de que me has hablado ;—dijo al fin sin vacilar—yo te aseguro que tendré fuerza y valor para sacar de él a Rugiero.

Hay que saber como el desconocido no era

otro que Pinabel de Maguncia, enemigo del duque Amón, padre de Bradamante. Había reconocido a la doncella e incitándola a tan grandes peligros trataba de que muriera para vengarse él así del duque.

Se prestó, pues, a acompañarla, de la mejor gana del mundo, y buscando el camino más solitario e intrincado para dejarla sola y que la devorasen las fieras, se internó con ella en una espesa selva. Pero la joven, como si temiera alguna traición no le dejaba apartarse un instante de su lado. Al fin, viendo que no podía huir como era su deseo, el astuto Pinabel fingió una gran fatiga.

—He subido ya siete veces por estos riscos en busca de mi amada ;—dijo a Bradamante— déjame que busque alguna gruta o paraje en que podamos descansar.

Accedió Bradamante, y Pinabel empezó a buscar como había dicho. Busca que buscarás, halló algo que fué de su gusto, pero no ciertamente una gruta sino una caverna horrible cuyo borde estaba cortado a pico y que tenía más de sesenta varas de profundidad. En el

fondo se veía una anchurosa puerta que daba a otra cueva y de la que salía un resplandor vivísimo como de una antorcha que iluminase toda la montaña.

—¡ Ven, guerrero blanco, ven! —gritó el traidor Pinabel— aquí en el fondo hay una doncella que pide vuestro auxilio.

Creyóle Bradamante, y sin el menor temor empezó a buscar el medio de bajar a la cueva. Volviendo a todos lados la vista, vió en la frondosa copa de un olmo una rama larguísima que cortó con su espada. La inclinó después hacia la caverna, y diciendo a Pinabel que la sujetase por el extremo recién cortado se cogió al otro extremo y se deslizó dentro de la cueva. Y Pinabel abrió las manos y soltó la rama y con ella a la doncella en el espacio. Después huyó con el caballo de la joven.

Pero Bradamante, como era buena y valerosa, se salvó. La fuerte rama tocó en el fondo antes que la doncella y aunque al fin se partió, la sostuvo tan bien, que gracias a ella se libró la andante heroína de la muerte.

Mas si no murió quedó tan aturdida que

durante largo rato no se dió cuenta de donde estaba ni de lo que le ocurría. Al fin, cuando pudo levantarse se dirigió a la puerta que daba acceso a la segunda cueva.

Era ésta una anchurosa estancia cuadrada, cuya bóveda estaba sostenida por columnas de alabastro de bella arquitectura; en el centro se hallaba un gran panteón ante el que ardía una lámpara de luz tan potente que a pesar de estar hundida tantas varas en la tierra, su resplandor iluminaba toda la montaña. Apenas se había repuesto la andante doncella de su sorpresa al encontrarse en aquel sitio, cuando oyó una dulce voz que la llamaba por su nombre.

—¡Bradamante! ¡Oh, Bradamante!

Volvió Bradamante el rostro y vió a una mujer vestida con holgadas vestiduras; llevaba el cabello suelto y su rostro era tan dulce como su voz.

—Has de saber, generosa Bradamante,—dijo a la doncella—que estás ante la tumba del sabio Merlín, y en la gruta misma en donde le engañó la Dama del Lago. Yo soy el

hada Melisa que te espera aquí para encaminarte hacia donde te lleva tu destino. Sabe que, pues has dado con la tumba de Merlín, el mago sabio e invencible, no habrá poder humano capaz de vencerte o abatirte. ¿Qué quieres?

—Sólo deseo hallar a Rugiero, mi prometido—dijo Bradamante.

—Al rayar el alba partiremos en su busca.

Y, en efecto, apenas había despuntado el día Bradamante y el hada se pusieron en camino. Saltaron zanjas, atravesaron torrentes, y a fin de hacer más corto el tiempo, y más suave la pendiente, entablaron suaves pláticas en que el hada aleccionaba a Bradamante respecto a las astucias que debía emplear para salvar a su Rugiero.

—El nigromante que tiene aprisionado a tu amante—decía—es tan poderoso que no podrías vencerle frente a frente, ni aún siendo tú el mismísimo Marte. La roca inexpugnable en que se alza el castillo, es altísima y está además, rodeada de murallas de acero; su caballo se abre camino a través de los aires, don-

de salta y galopa, y, en fin, posee el escudo mortal que, apenas descubierto, hiere los ojos del que lo mira, le quita la vista y lo hace caer al suelo, desfallecido. El que al combatir no cierra los ojos, está perdido, mas si no los abre ¿cómo podrá parar los hábiles golpes del enemigo? Sólo hay un medio para burlar el fulgor que deslumbra y huir a todos los demás encantos: poseer el anillo del rey Agramante de Africa. Este anillo lo posee Brunel, que a su vez lo robó a una reina de la India, y que se encuentra a poca distancia de aquí. Para conseguir ese anillo que ha de ser la salvación de tu Rugiero has de andar tres días con tres noches a la orilla del mar; al cabo de ellos llegarás a una posada en la que encontrarás a Brunel, el portador del anillo. Le reconocerás enseguida por su corta estatura que no llega a seis palmos y por su encrespada cabeza; su cabello es negro y atezada su piel; su faz es pálida y sus ojos saltones; lleva además una barba larguísima. Procurarás entrar en conversación con él, pues es muy parlachín, y le dirás que deseas medir tus armas con las del

mago, pero sin nombrarle para nada el anillo. El entonces se brindará a servirte de guía y compañero hasta la roca. Síguele, y en el momento en que lleguéis a la vista del castillo, dale muerte con el brazo izquierdo y teniendo los ojos cerrados, pues de lo contrario, tendrías que temer sus maleficios. Cuando tengas el anillo en tu poder serás invencible.

Al llegar a la orilla del mar, donde cerca de Burdeos desemboca el Garona, Bradamante y el hada se despidieron.

Y la doncella guerrera anduvo tres días con tres noches y llegó al fin de ellos a la posada donde ya se encontraba Brunel a quien reconoció enseguida por su corta estatura, su larga barba y sus cabellos encrespados. Como el hombrecillo era en extremo parlachín, pronto emprendió conversación con el guerrero blanco, quien, siempre siguiendo las instrucciones de la maga, le contó mil patrañas acerca de su patria, nombre, linaje y religión.

Y he aquí, que en esto, se oyó un estruendo tan horrible de la parte del mar que la posada se tambaleó y con ella los árboles y la tierra.

Salió la doncella a la puerta y vió en las ventanas al posadero y a su familia que con mucha gente más miraban hacia el cielo con rostros en que se reflejaba el asombro. Miró Bradamante también y vió un gran caballo alado, que cruzaba los aires montado por un caballero cubierto con armadura negra. Las alas del corcel eran inmensas y de diversos colores, y la armadura del caballero semejaba de acero por lo tersa y luminosa. El caballo dirigió su vuelo hacia Poniente y desapareció tras las montañas.

Entonces el posadero relató como aquel era un nigromante llamado Atlante, que solía volar y elevarse hasta las estrellas y después descender a la tierra donde se apoderaba de todas las mujeres hermosas que encontraba. Las llevaba luego a un castillo encantado que poseía en lo alto del Pirineo y allí las encerraba. Muchos caballeros habían ido hasta él con intento de salvar a las damas y doncellas, pero ninguno había vuelto.

La joven Bradamante, después de oír atentamente la relación del posadero, dijo a éste :



...y vió un gran caballo alado...

—Yo también quiero intentar la lucha con el nigromante para salvar a las doncellas ; búscame un guía seguro que me indique el camino del castillo.

Entonces dijo Brunel :

—Si deseas un guía ninguno como yo que he llegado mil veces al pie del castillo de acero.

—Tu compañía me será grata—contestó Bradamante.

La andante doncella compró al posadero el mejor caballo que tenía y al amanecer del siguiente día emprendieron la marcha yendo Brunel unas veces delante y otras detrás de ella. De monte en monte y de selva en selva llegaron al punto más alto de los Pirineos y descendieron por una áspera garganta a un profundo valle en medio del cual se elevaba un gran peñasco cuya cúspide se veía toda cercada por un brillante muro de acero. Brunel dijo entonces :

—He ahí el sitio donde el Mágico guarda cautivos a las damas y a los caballeros.

Entonces Bradamante comprendió que ha-

bía llegado el momento de matar a su guía para apoderarse del anillo, pero como, no obstante su mucho valor, era compasiva, le repugnó dar muerte a traición a un hombre desarmado, contrahecho y de baja esfera. Así lo que hizo fué cogerle por sorpresa en sus ágiles brazos y atarlo fuertemente a un abeto corpulento y elevado, no sin antes arrancarle el anillo del dedo. Después, sin hacer caso de los gemidos y lamentos de Brunel, bajó a lento paso de la montaña y cuando estuvo al pie del castillo, retó al nigromante a singular batalla, haciendo resonar su trompa y llamándole a la pelea con desaforados gritos.

Apenas oyó el Encantador aquellas voces cuando salió de su fortaleza y montado en el corcel alado, se lanzó contra su provocador. No llevaba lanza, espada ni maza sino sólo en la mano izquierda el escudo cubierto con una tela roja, y en la derecha un libro abierto; pero los encantamientos que en él leía se deshacían ante el poder del anillo que en el dedo llevaba Bradamante.

Durante largo rato estuvo la joven dando

tajos al viento y volviendo y revolviendo su caballo, esforzándose en vencer al mago según le había aconsejado el hada Melisa. Cansada de combatir a caballo, apeóse de él, cumpliendo siempre las órdenes del hada, y entonces el mago creyó llegado el momento de emplear su infalible recurso. Con ligera mano arrancó la roja seda que cubría el escudo y apareció éste luciente como el sol.

En aquel mismo instante Bradamante cerró los ojos y se arrojó al suelo, no porque se hubiese deslumbrado, pues el mágico anillo la libraba de todo encantamiento, sino para conseguir que el mago bajara del Hipogrifo—que este era el nombre del alado caballo—y se acercara al sitio en que ella yacía tendida.

En efecto, apenas el volador jinete la vió en el suelo hizo que su caballo extendiera las alas y se posara en tierra después de describir un gran círculo en el espacio. Después el nigromante, seguro de su presa, colgó del arzón el escudo, que ya había tapado con la seda roja y se dirigió a pie hacia la doncella.

En cuanto ella le vió a su lado, se levantó de

un brinco y le estrechó con fuerza entre sus brazos. El nigromante había dejado en el suelo el libro de los encantamientos, de modo que Bradamante, mucho más joven, más fuerte y vigorosa que él, le derribó sin que el mago opusiera resistencia alguna. Levantaba ya la espada victoriosa para cortar la cabeza al mago, cuando viendo su arrugado rostro y su barba venerable, se sintió conmovida por su ancianidad.

—Condúceme al castillo, y vamos a abrir las puertas de su prisión a todos tus cautivos.

Así dijo la joven bajando su espada. Y arrastró al mago hacia el peñasco.

Atlante iba atado con su propia cadena y la doncella junto a él le llevaba fuertemente sujeto ; así llegaron a una hendedura del monte por la que penetraron y subiendo por una estrecha escalera de caracol, llegaron a la puerta del castillo. Allí se detuvo el nigromante y habló a Bradamante de este modo :

—Has de saber, hermosa doncella, que la única razón que me ha impulsado a levantar este castillo en sitio semejante, ha sido el de-

seo de librar a Rugiero de los peligros que le amenazan si sigue en el mundo. Y si he robado tantas hermosas damas y tantos nobles caballeros no ha sido con otro intento que el de procurar al mismo Rugiero—que es mi ahijado predilecto—una selecta compañía. Si insistes en entrar lo harás al menos sabiendo el peligro a que expones al que dices amar.

—Entremos—dijo Bradamante sin vacilar un momento.

Atlante levantó una piedra que había al pie de la escalera y que estaba llena de caracteres desconocidos y signos misteriosos. Debajo de la piedra aparecieron unos vasos u ollas llenos de un fuego oculto que despedía un humo denso; el encantador los hizo pedazos e instantaneamente desapareció el castillo y las murallas y la peña como si jamás hubieran existido.

Al mismo tiempo que la fortaleza, desapareció el mago del poder de la doncella.

Y he aquí que las damas y los caballeros que estaban cautivos se hallaron de pronto, sin saber cómo, en mitad del campo. Allí es-

taba Gradoso, allí Sacripante, allí Prasildo y otros no menos nobles y esforzados. Allí había también mil nobles damas que reían y lloraban de alegría.

Allí apareció al fin Rugiero, el más apuesto doncel del mundo, y al ver a Bradamante y saber que ella era quien le había salvado se tuvo por el más feliz de los mortales, y se arrojó a besar sus pies.

En esto, los caballeros libertados bajaban al valle en tropel ansiosos por contemplar de cerca al Hipogrifo. Bajaron también Bradamante y Rugiero, mas he aquí que el alado corcel cuando parecía que iba a dejarse montar por alguno de los caballeros, emprendía un corto vuelo y escapaba así de sus manos. Al fin Bradamante logró poner su blanca mano sobre el arzón y Rugiero por no dejar a su vez de probar fortuna montó en el extraño animal, y casi sin darse cuenta de lo que hacía le hirió con los acicates los ijares.

Entonces el Hipogrifo de un rápido salto se remontó en el aire con Rugiero, se elevó por

encima de las más altas montañas y desapareció de la vista de damas y caballeros.

Así la valerosa Bradamante perdió de nuevo a su galán, pocos instantes después de haberlo recobrado : así el mago Atlante trataba de alejar a Rugiero de los peligros que le aguardaban en Europa.



## ORLANDO

**E**N tanto Orlando, espejo de los caballeros andantes, recorría el mundo por mar y por tierra en busca de su Angélica. Desafiaba a los genios y a los nigromantes, vencía a endriagos y dragones, luchaba con poderosos enemigos, y salía victorioso de toda clase de pruebas y peligros. Y así pasó el enamorado doncel todo el invierno y así llegó también a la primavera.

Desconfiaba ya de hallar a su adorada cuando pasando un día, según su costumbre, de uno en otro país, llegó a la orilla de un río que separa la Normandía de la Bretaña y sigue tranquilo su curso hacia el vecino mar. Buscaba Orlando el medio de atravesar el río cuando descubrió una barquilla que bogaba hacia

él y en cuya popa no iba marinero alguno, sino sólo una hermosa doncella que le hacía señas de que la aguardase. Hízolo así Orlando, y cuando la navecilla estuvo cerca de él, rogó a la joven que le recibiese a bordo y lo transportase a la opuesta orilla. Ella le contestó:

—Nadie puede poner el pie en esta barca sin que antes me prometa, bajo su fe de caballero, aceptar el combate más justo y más honroso del mundo. Por tanto, caballero, si es que deseais pasar en mi embarcación a la otra orilla, prometedme que antes de treinta días iréis a reuniros al rey de Irlanda, que en este momento reúne una fuerte armada para destruir la isla de Ebuda, la más cruel de cuantas el mar rodea. Sin duda sabréis que los habitantes de esa isla obedeciendo a una ley bárbara, van de costa en costa apoderándose de cuantas mujeres encuentran, para ofrecerlas después como alimento a un monstruo que saliendo del mar diariamente necesita encontrar siempre una doncella que devorar. Calculad cuantas hermosísimas jóvenes habrán perecido ya. Ahora, si sois

un verdadero caballero andante, juradme que ayudaréis al rey de Irlanda en su propósito de destruir la isla y matar al monstruo.

Aún no había acabado la doncella de hablar cuando ya Orlando juraba, besando la cruz de su espada, libertar para siempre a las doncellas de Ebuda del bárbaro peligro que las amenazaba. Porque mientras la doncella hablaba, Orlando creía ver a su Angélica atada a la fatídica peña y devorada por el horrible monstruo.

Cruzaron pues el río, y después el mar. Y he aquí que al llegar el bajel que a Orlando conducía a la desembocadura del río que corre junto a Amberes, se presentó en él un venerable anciano que pidió ver al famoso caballero.

—Sígueme, caballero Orlando—dijo el anciano al presentarse ante él, el guerrero.

Y Orlando le siguió. El anciano le condujo a un palacio en cuya escalera le esperaba una bellísima dama, toda vestida de negro. Negras eran también las colgaduras de las paredes en salones y cámaras.

La dama después de recibir a Orlando a todo

honor, le hizo seña de que se sentara. Y habló la dama :

—Debéis saber, caballero Orlando, que yo soy Olímpía, hija del conde de Holanda quien me amaba con tal pasión que nunca se opuso a mi menor deseo. Vivía feliz y sin cuidados, cuando llegó a nuestro país el noble duque de Zelanda que se dirigía a Vizcaya a pelear contra los moros. Una violenta tempestad le retuvo en nuestro puerto cuarenta días, durante los cuales nos prendamos de tal modo, él de mí y yo de él, que nos juramos amor eterno. Al fin cesó la tempestad y el duque Bireno, que así se llamaba mi amante, partió a la guerra. Apenas se había separado de nosotros, cuando el rey de Frisia—reino que sólo está separado del nuestro por un estrecho río—formó el proyecto de casarme con su hijo Arbante y envió a Holanda sus mejores caballeros para que pidieran a mi padre mi mano. Mas yo, que como acabo de relataros, había dado fe de amor al duque Bireno, declaré rotundamente que jamás tomaría al hijo del de Frisia por esposo.

»Tal fué el despecho que esta contestación

causó a los del vecino reino, que decretaron acto seguido la guerra, que ha causado la muerte de todos los míos. Hay que saber que el rey de Frisia es el enemigo más fuerte que pueda existir en la tierra, pues posee una terrible arma de su invención que lo hace invencible. Esta arma consiste en un hierro hueco de unas cuatro varas de longitud en cuyo interior coloca ciertos polvos y una bala. Hacia la parte posterior de aquel tubo, y por donde está cerrado, toca con una mecha encendida un respiradero apenas perceptible, y entonces sale la bala con un estrépito semejante al de un trueno, y abrasa y destroza cuanto toca. Así ¡ oh, generoso Orlando ! destruyó el rey de Frisia mis estados y dió muerte a mi padre y a mis dos hermanos. Cuando quedé por única heredera de la isla de Holanda, el rey de Frisia me hizo saber como me otorgaría la paz con tal que consintiera en ser la esposa de su hijo Arbante. Mi respuesta fué igual que la anterior : una rotunda negativa. Entonces mis súbditos irritados por lo que ellos llamaban mi terquedad me entregaron al rey de Frisia, que me

encarceló y se apoderó de mi reino. Todos mis servidores me abandonaron en la desgracia, sólo dos hermanos, dotados de singular ingenio y gran corazón, se ofrecieron a ayudarme hasta la muerte. A ellos comuniqué mis designios y ayudada por ellos, huí una noche de mi prisión, con el intento de unirme a Bireno, quien, según mis noticias, navegaba hacia Holanda. Mas he aquí, que el vengativo rey de Frisia ante aquel último desdén que con mi huída infería a su hijo, se hizo a la mar y apresó el barco en que iba Bireno a quien hizo cautivo.

»Así llevamos un año ¡oh, generoso Orlando! en que yo he hecho cuanto ha estado en mi mano por librar a mi amado de su cautiverio: he vendido mis joyas, mis vestidos, mis castillos de Irlanda... El tirano de Frisia sólo pondría en libertad a Bireno, a cambio de mi vida. He aquí, señor, por que os he llamado: voy a entregarme a Cimosco, rey de Frisia para que me dé muerte. Juradme vos que una vez muera yo, haréis cumplir al tirano su palabra de hacer libre a mi amante».

Acabó de hablar la dama, y entonces dijo Orlando :

—La misión del caballero andante no es otra que proteger al oprimido. No morirás ¡oh, bella dama ! pues mi espada, Durindana, me basta para salvaros, a tu amante y a tí.

He aquí que aquel mismo día se pusieron la dama y el paladín en camino hacia la fortaleza en que descansaba el rey de Frisia. Y llegaron a ella, y Orlando rogó a uno de los guardas que diera aviso al rey de que un caballero andante deseaba medirse con él a espada y lanza, pero con la condición de que si el rey vencía al caballero, éste le entregaría a la princesa de Holanda a quien tenía en su poder, mas, si era el rey el vencido daría inmediatamente la libertad a Bireno y le dejaría ir a donde le pareciese.

Mas sucedió que el rey de Frisia, era más traidor que esforzado, y en lugar de salir a pelear contra su retador en buena lid y frente a frente, como ordenan las leyes de la caballería, hizo que treinta jinetes salieran por una puerta del castillo, opuesta a la en que el pa-

ladín se encontraba, y se colocaran a su espalda. Así, unos de un lado, otros de otro lo fueron rodeando hasta cogerlo como en un cepo, pero Orlando no era caballero a quien se pudiera fácilmente atrapar.

El andante guerrero enristró rápidamente su lanza contra el grupo más compacto de sus enemigos y atravesó con ella a uno, luego a otro y otro, y hasta a seis seguidos llegó a ensartar en ella ; luego desnudó el acero y se preparó a combatir contra sus demás adversarios. Al ver a aquel prodigioso guerrero que él sólo luchaba contra todo un ejército, los soldados del rey de Frisia, sintieron tal terror que huyeron a la desbandada, y el rey, no menos asustado, corrió a la puerta y quiso alzar el puente levadizo, mas Orlando, prosiguiéndole de cerca, no le dió tiempo para ello. Entonces el monarca volvió de nuevo las espaldas y pudo huir merced a la velocidad de su corcel. Y he aquí que el traidor Cimosco consiguió que dos de sus secuaces que aún permanecían a su lado, le llevaran el infernal tubo de hierro y la mecha con que había de encenderlo, y co-



...el rey aproximó el fuego al orificio...

locándose tras de una piedra, aguardó, escondido, a que Orlando pasara para hacerle pagar cara su osadía.

Y pasó Orlando ante la piedra e instantáneamente el rey aproximó el fuego al orificio del hierro que despidió una viva llama, brillando por su parte posterior como un relámpago y estallando como un trueno por delante.

Retemblaron las murallas, se estremeció la tierra, retumbó en los cielos aquel sonido aterrador. Pero el proyectil ardiente pasó rozando a Orlando sin tocarle siquiera el pelo de la ropa.

Sobrecogido el rey de Frisia, al ver como el caballero desconocido era invencible, trató de huir de nuevo, pero esta vez Orlando llegó a alcanzarle y de un sólo tajo de su Durindana le separó la cabeza de los hombros.

Y he aquí que en esto resonó por la ciudad un nuevo rumor, un nuevo estrépito de armas. El primo de Bireno acababa de llegar con las tropas que traía de su país para castigar al rey de Frisia, al odioso tirano que por tanto tiempo había tenido al Duque aherrojado en una prisión. Orlando salió a su encuentro y

juntos se dirigieron a la fortaleza cuyos muros echaron abajo.

Así libertaron a Bireno, quien, con frases del mayor reconocimiento dió gracias a Orlando por la merced que acababa de hacerle. De allí se dirigieron al bajel, en que aguardaba Olimpia, quien al ver a su amado, creyó morir de dicha.

Las bodas de Olimpia y de Bireno se celebraron con gran pompa, tres días después. Y Olimpia fué legítima soberana de Holanda.

Orlando volvió a embarcar con rumbo a la isla de Ebuda ; al llegar a alta mar, allí donde no se divisaban, ni aún lejanas, las costas, arrojó a las aguas la infernal máquina, invención del rey de Frisia.

—¡ Por qué ningún caballero confie en tí más que en el esfuerzo de su brazo ; por qué no se sirva de tí el traidor impunemente ; por qué el perverso no pueda vanagloriarse de haber triunfado del valor del bueno, queda ahí sepultada, oh, invención maldita, vuelve al seno de los infiernos, de donde has salido !

Dijo el caballero Orlando y siguió navegando con rumbo a la isla fatal.

VIVA PERON

IV

RUGIERO

**E**N tanto Rugiero, montado en el prodigioso Hipogrifo, volaba sobre las tierras y sobre los mares ; y he aquí, que después de haber visto mil países a cual más bello y de haber corrido mil aventuras a cual más extraordinaria, el caballo alado fué a volar, precisamente, sobre aquella isla fatídica a la que Orlando se encaminaba.

Desde la altura a que su corcel le remontaba vió Rugiero el bosque siempre verde de la isla y el mar siempre encrespado que hacía hervir la ira de la espantosa orca marina. Sólo calmaba su furor el monstruo cuando podía devorar a una doncella, y entonces los navegantes se acercaban a la costa sin cuidado. Reconoció Rugiero la espantosa peña y reconoció también

atada a ella a la hermosa Angélica, la amada de Orlando, que no podía ser otra la doncella que de modo tal deslumbraba con su belleza a quien la miraba.

La dulce Angélica aguardaba el momento en que la orca debía salir a devorarla, y en tanto sus mejillas se cubrían de llanto.

—¿Quién ha sido el despiadado ser que te ha aprisionado de tal modo, sin sentir compasión de tu juventud y tu belleza?—preguntó Rugiero, mientras el alado caballo abatía su vuelo.

Conteniendo los sollozos empezó Angélica a contestar con voz débil y fatigosa, mas no pudo seguir porque la palabra expiró en sus labios al oír un gran ruido que surgía del mar.

En aquel momento apareció la orca marina medio sumergida en las olas y lanzando espantosos rugidos; con increíble rapidez se dirigió hacia su presa, abriendo las inmensas fauces para devorarla. La joven, medio muerta de espanto, no tenía ya esperanzas de salvación, cuando Rugiero, que llevaba empuñada la lanza, se adelantó, empezando a des-



...pero los golpes de su lanza...

cargar furiosos golpes con ella, sobre la orca.

Era ésta el más espantable monstruo que puede imaginarse: su cuerpo era como una masa sin fin que girase en todas direcciones; los ojos lanzaban chispas y los colmillos le salían fuera de la boca, como los de un jabalí. Rugiero procuraba herirla de frente, entre los ojos, pero los golpes de su lanza se embotaban como si fueran dirigidos contra hierro o piedra. La primera acometida fué vana y Rugiero retrocedió a fin de tomar impulso para la segunda.

Entonces la orca, al observar la sombra de las grandes alas del Hipogrifo corriendo sobre las ondas, abandonó la presa segura que tenía en la orilla por correr tras la dudosa, volviéndose y revolviéndose contra aquel fantasma, mientras Rugiero trataba de caer sobre ella descargándole nuevos golpes. A un tiempo procuraba herirla con la espada y la lanza, allí donde no pudieran servirle de defensa sus terribles colmillos, esto es, entre las orejas, sobre el lomo o hacia la cola.

La orca, en tanto, golpeaba con tal vio-

lencia las olas que hacia saltar el agua hasta el cielo ; así en ciertos momentos el paladín no sabía si estaba batiéndose en el aire o si su alado corcel se había metido en el mar. De pronto se le ocurrió una idea segura para vencer al monstruo : la de descubrir el fulgurante escudo, que Bradamante le había dado al libertarlo, al pie del castillo de Atlante. Mas he aquí, que al ir a descubrirlo, recordó que llevaba en el dedo el anillo de Brunel, que también Bradamante le diera, y que tenía el poder de deshacer todos los encantos. Por que no contrarrestara la magia del escudo, Rugiero se quitó el prodigioso anillo del dedo y fué a ponerlo en la mano de Angélica, que estaba desmayada.

Al verle descender, el enorme cetáceo se acercó también a la orilla ocupando con su cuerpo un inmenso espacio de mar. Preparose Rugiero y cuando le vió cerca levantó el velo que cubría el escudo. La encantada luz que de éste se desprendía, dando de lleno en los ojos de la fiera, produjo el efecto acostumbrado, y la orca flotó por unos instantes con el vientre hacia

arriba y a merced de las olas. Rugiero procuró herirla por todas partes, pero no pudo conseguir su intento.

Entonces Angélica, que había vuelto en sí, empezó a derramar copioso llanto y a rogar al paladín que cesara en sus inútiles esfuerzos.

—Vuelve en tí, señor—le decía—y desátame antes de que la orca vuelva en sí; llévame contigo y sumérgeme en lo profundo del mar antes que dejarme de nuevo expuesta a la voracidad del monstruo.

Rugiero, conmovido por estas súplicas, desató a la joven y la apartó de la orilla. Preparó su corcel y cogiendo a la hermosa en sus brazos tomó impulso y juntos dama, caballero y caballo se elevaron, cruzando el ancho espacio. En tanto la orca, vuelta en sí, rugía de furor al verse privada de su presa.

He aquí que llegaron sobre un bosque de pobladas encinas en el cual anidaban multitud de ruiseñores. Era un lugar lo más bello que puede soñarse. Allí descendió el Hipogrifo y Rugiero, tomando de la mano a Angélica, le dijo noblemente :

—Libre, eres, hermosa doncella. Busca a tu padre o a tu enamorado, si lo tienes, que yo me doy por bien pagado con haber salvado tu vida, y me vuelvo al reino de los aires para seguir buscando a Bradamante, la doncella guerrera que es mi infortunada prometida.

Y esto diciendo quiso volver a remontarse en su caballo alado, mas este se había arrancado el freno e iba volando por los aires en toda libertad.

Ángélica, por virtud del anillo mágico que llevaba en el dedo se hallaba ya también a muchas leguas de distancia.

## V

### MUERTE DEL MONSTRUO MARINO

**E**N tanto, Orlando, después de sepultar en los mares profundos la máquina infernal que el rey de Frisia inventara, siguió navegando con rumbo a la isla de Ebuda.

Cuanta más prisa tenía el caballero tanta menos parecía tener el viento, de modo que la nave adelantaba con gran lentitud; así tardó largas semanas en estar a vista de la isla. Cuando al fin la divisó en el horizonte, dijo a su piloto:

—Aproxímate a esta isla pero quédate en la costa y dame la lancha: necesito ir al escollo sin compañía alguna. Necesito también llevarme el cable más grueso y el hacha más grande que haya en el buque. No tardarás en ver el uso que hago de ellos.

Así se hizo y siguiendo las órdenes del esforzado caballero se botó al agua el esquife y se transbordaron a la ligera embarcación el cable y el hacha. Rolando dejó en el buque todas sus armas excepto su fiel espada y completamente sólo bogó hacia el escollo, dirigiendo los remos hacia el pecho y vuelto de espaldas al sitio donde quería desembarcar. El día despuntaba apenas.

Al llegar a un tiro de piedra del desnudo escollo creyó el caballero oír lastimosos quejidos. Se volvió entonces hacia la izquierda y vió a una mujer atada a un peñasco; las olas le besaban los pies...

Empezó entonces a remar con más fuerza con el deseo de llegar pronto junto a la desdichada, cuando de pronto oyó un terrible mugido que procedía del mar y hacía retumbar las cavernas y las selvas. Levantáronse las olas hasta las nubes, y apareció el monstruo bajo cuya masa enorme casi desaparecía el agua.

Orlando no sintió miedo, ni el color se le mudó siquiera; se adelantó rápidamente y colocando el esquife entre la orca y la joven em-

puñó el áncora que estaba atada al cable y aguardó con gran serenidad al terrible monstruo. Cuando la orca se hubo aproximado y miró tan cerca de sí a Orlando en la lancha, abrió desmesuradamente su inmensa boca por la cual cabría con facilidad un hombre a caballo.

Entonces Orlando se precipitó entre las fauces del monstruo marino con su cable y su áncora e hincóle los dos picos de ésta en la lengua y en el paladar de suerte que le imposibilitó por completo el movimiento de las dos mandíbulas. Los dos extremos del áncora quedaban de este modo tan separados entre sí que para llegar al superior hubiera tenido el guerrero que dar un gran salto.

Una vez puesto aquel puntal y seguro el guerrero de que el monstruo no podría cerrar la boca, se metió por aquel antro obscuro y empezó a dar tajos y reveses a diestro y siniestro. La orca, vencida por el dolor saltaba unas veces fuera del agua descubriendo sus lomos escamosos, y otras se hundía entre las olas removiendo la arena con su voluminoso vientre,

Orlando, viendo que corría el peligro de perecer ahogado salió de la boca del monstruo dejando en ella clavada el áncora y tirando, tirando del cable con su hercúleo brazo sacó a la playa al horrendo pescado.

Al verse fuera del agua el tremendo cetáceo, se produjo un estrépito tal que retemblaron los montes, las selvas y hasta las playas más lejanas. La orca había muerto.

Entonces el paladín se dirigió a la roca fatídica y desató las ligaduras de la doncella que a ella estaba sujeta. No era Angélica, a quien como sabemos había salvado Rugiero, sino una hermosísima princesa que se arrojó llorando a los pies de su libertador.

Sin detenerse a recibir los homenajes que las gentes del país le hacían por haberles librado del horroroso azote, Rolando embarcó de nuevo, sin rumbo fijo, en busca de su Angélica.

## VI

### MÁS AVENTURAS

**C**UANDO la nave que a Orlando conducía tocó en las costas de Francia el paladín no supo que camino tomar. Dudaba entre dirigirse hacia la derecha o hacia la izquierda y si se decidía por un sendero le invadía enseguida el temor de que Angélica hubiese seguido el contrario.

He aquí, pues, que marchaba a la ventura como un insensato. Una noche en que más triste que nunca desesperaba ya de hallar a la que amaba, vió brillar a lo lejos una luz que salía por entre la hendidura de una roca a la que se aproximó para ver si Angélica se había guarecido allí. Encaminóse a un claro del bosque en medio del cual había un angosto respiradero cubierto por espinos y zarzales y que servía de entrada a una extensa gruta.

Orlando ató su caballo a un encina y bajó los escalones que conducían al fondo de la gruta. En medio de ella, al lado de un gran fuego, había una doncella de hermosísimo rostro que lloraba amargamente. A su lado una horrible vieja reñía al parecer, con ella.

Al entrar Orlando, las dos mujeres se sobresaltaron en extremo, más las palabras del paladín tranquilizaron a la joven por completo.

—¿Quién es el injusto, quién el bárbaro capaz de tener sepultado bajo tierra un rostro tan encantador? Pues en tus lágrimas veo, hermosa doncella, que no estás aquí por tu gusto.

La horrible vieja quiso impedir que la doncella hablara pero al observar el aguerrido porte del paladín, temió que su rigor le costase caro y guardó silencio.

—¿Quién eres, pues, linda doncella, que a juzgar por tu hermosura debes ser hija de emperadores o de reyes?—repitió Orlando.

—Me llamo Isabel—contestó ella con voz suave—y fuí, en efecto, hija del infortunado rey de Galicia. Ahora hará un año que mi pa-

dre mandó emisarios por todo el mundo anunciando que se haría un torneo en Bayona, y la noticia de estas justas atrajo a una multitud de caballeros de distintos países. Entre ellos brillaba como espejo de guerreros Zerbino, hijo del rey de Escocia, quien tantas y tantas proezas llevó a cabo que se hizo a la vez dueño del premio prometido y de mi corazón. Nos juramos eterno amor y cuando terminaron las fiestas mi Zerbino regresó a Escocia dejándome en la aflicción mayor que imaginarse pueda.

Has de saber como por ser Zerbino cristiano y yo mahometana, no podía él pedir mi mano a mi padre, quien nunca hubiera consentido en mi conversión. Por ello Zerbino determinó robarme, con la idea de que una vez en su patria pudiéramos casarnos según la ley cristiana.

Juntos ideamos el plan que debía asegurar nuestra felicidad. Como él no podía llevar a cabo por si mismo el rapto meditado, pues su padre le había confiado el mando de las tropas que debían socorrer al rey de Francia, envió en

su lugar a Odorico de Vizcaya, hombre experto en los combates terrestres y navales y a quien Zerbino consideraba como su amigo más leal. Convinimos, pues, en que yo me pasearía por los jardines de mi palacio y Odorico vendría a robarme en un buque armado convenientemente. En el día fijado me trasladé a mi real jardín y Odorico, seguido de una tropa de marineros armados desembarcó en un río próximo a la ciudad y se dirigió silenciosamente a donde yo me encontraba. Odorico me tomó en sus brazos y, antes de que en palacio se dieran cuenta del rapto, me llevaron entre todos al barco.

Y he aquí que aún no llegamos a alta mar se desencadenó una horrible tempestad. Las encrespadas olas del mar subían hasta las nubes. De nada nos servía amainar las velas, picar los palos ni aligerar el buque; el viento despiadado nos empujaba hacia unos escollos amenazándonos con estrellarnos contra la costa. Al fin el de Vizcaya echó un bote al agua al que saltó con presteza llevándome consigo; luego saltó otro marinero, luego otro y otro,

y hubiera saltado toda la tripulación, hundiendo con su peso la fragil navecilla, si Odorico no lo hubiera impedido con la espada desenvainada.

«Nos bajamos del buque y pronto llegamos felizmente a tierra. Con las manos tendidas hacia el cielo dí gracias a Dios por haberme arrancado al furor del mar permitiéndome acaso volver a ver a mi Zerbino.

«Mis joyas, mis vestidos, todo cuanto poseía desaparecieron en el mar con el bajel. Más nada me importaban las riquezas mientras me quedara la esperanza de unirme a mi amado.

«Más he aquí que el infame Odorico al verse conmigo solo en aquella playa desierta concibió el propósito de ser él quien me obligara a ser su esposa. Huí de él entonces, grité de modo que mis lamentos llegaron hasta las estrellas y quise arrojarme al mar antes que ceder a sus deseos. De pronto, no se si por azar, o porque mis gritos se oían a más de una legua de distancia, apareció en lo alto de la montaña una multitud de hombres, que descendieron hasta el mar dirigiéndose después hasta

nosotros. Ellos me salvaron de las garras de Odorico, mas ¡ ay ! con el interés de guardarme para venderme luego como esclava. Ocho meses hace que me tienen aquí sepultada en vida ; ya he perdido toda esperanza de ver a mi Zerbino, pues, según tengo entendido por algunas frases que he podido sorprender, mañana me venderán a un mercader que debe llevarme a Oriente para presentarme como esclava al Sultán.»

Acabó de hablar la doncella y antes de que el paladín pudiera brindarle su protección entraron en la cueva veinte hombres armados de venablos y de hoces. El jefe, hombre de aspecto desalmado, tenía un solo ojo, cuya mirada era sombría y dura.

Al ver al caballero Orlando, el jefe de los bandidos se volvió hacia sus compañeros.

—He ahí un pájaro que ha venido solo a meterse en la boca del lobo—dijo. Y después volviéndose con burlesca cortesía hacía el paladín añadió :

—No sabes cuan oportuna es para mí, tu llegada ; por vida mía que debes haber adi-



Y cogiendo rápidamente un tizón...

vinado mi pensamiento. Ardía yo en deseos de poseer unas armas tan magníficas y un traje tan airoso como el tuyo y precisamente has llegado a tiempo de satisfacer mi necesidad.

Orlando se puso de pie y contestó con arrogancia :

—Dispuesto estoy a venderte mis armas pero a un precio que no suele convenir a ningún comprador.

Y cogiendo rápidamente un tizón encendido lo arrojó al malandrín con tan mala fortuna para éste, que fué a darle en el único ojo que tenía, dejándole así sin vista. Después, con la misma ligereza con que un chico juega a la barra cogió una maza enorme, de más de dos palmos de espesor, que había en el centro de la cueva y la arrojó sobre el grupo que formaban los bandidos. Al empuje que la pesada maza llevaba, unos quedaron con el pecho o con el vientre aplastado ; otros con la cabeza, los brazos o las piernas, rotas, unos morían allí mismo, otros más afortunados huían por la estrecha abertura de la cueva como alma que llevase el diablo.

La horrible vieja, amiga y protectora de los malandrines apenas vió a su tropa en tan deplorable estado huyó también llorando y mesándose los cabellos por selvas y bosques inexplorables.

Y en tanto Isabel se arrojaba llorando a los pies de su salvador, y le rogaba que no la abandonase acompañándola hasta hallar a Zerbino el cristiano.

Y así lo juró el paladín.

## VII

### MEDORO

**S**UCEDIÓ que por aquel tiempo el Emperador Carlomagno había obtenido una gran victoria sobre los moros. Así, mientras en el campamento cristiano todo eran muestras de alegría, en el de los sarracenos los suspiros y lamentos llegaban hasta el cielo. Todos lloraban allí; unos por la pérdida de sus padres, hermanos o amigos, otros por el dolor que les causaban sus heridas, todos, en fin, por la suerte funesta que temían.

Había entre los moros dos jóvenes de obscuro linaje, llamados Cloridano y Medoro cuya amistad era tan estrecha y tan fiel como otra no se ha visto. Cloridano era robusto y ágil pues había pasado la mayor parte de su vida dedicado a la caza; Medoro, casi un niño todavía,

era tan bello que en tierras de Morería nadie conocía ni aún recordaba un rostro tan perfecto como el suyo. En aquella noche a que nos referimos se hallaban los dos amigos vigilando por la seguridad del campamento. Medoro lloraba amargamente recordando al señor de ambos, el noble Dardinelo, y, dolorido al pensar que su cuerpo perdido en el campamento pudiera ser pasto de los cuervos o los lobos, propuso a su amigo ir a buscarlo para darle sepultura. Cloridano accedió a lo que Medoro le pedía y al llegar la hora del relevo se pusieron en marcha.

Saltando fosos y estacadas llegaron al campamento de los cristianos que, sin recelo alguno, dormían tranquilamente, con las hogueras apagadas. Cloridano, que, como buen cazador y guerrero, era un tanto cruel, no pudo resistir al deseo de vengar en aquella gente indefensa el destrozo que durante el día hicieron entre sus hermanos.

—Ve tú en busca del cuerpo de nuestro desdichado señor :—dijo a Medoro—yo te abriré

con mi espada ancho camino por entre nuestros enemigos.

Y mientras Medoro emprendía la fúnebre tarea, Cloridano se despachaba a su gusto dando muerte a los más altos jefes y a los más humildes soldados. Al tajo de su espada cayó la cabeza venerable del docto Alfeo, médico, mágico y sabio astrólogo de la corte de Carlomagno, la de Palidón de Mancalieri, el bravo paladín, la del duque de Albrit, las de Mabindo y Ardarico, hijos del conde de Flandes. Y otras, y otras muchas con que quedaron segadas las vidas de los mejores caballeros del rey Carlos.

En tanto Medoro continuaba buscando. El pobre y el rico, el príncipe y el vasallo, los hombres y los corceles yacían hacinados en confuso montón, del que sobresalían también restos de espadas, lanzas, escudos y ballestas. Aquella horrible mezcla de cadáveres que cubría la llanura entera sumida en las tinieblas, hubiera hecho inútiles hasta la llegada del día las pesquisas de los dos compañeros, si la Luna oyendo las súplicas de Medoro no hubiera aparecido entre las nubes.

Entonces, a su clara luz pálida, Medoro pudo distinguir los cadáveres de los cristianos y los de los sarracenos y buscando entre éstos, hallar a su señor. Al verlo muerto, pálido, cubierto de heridas, bañado en sangre, Medoro se echó de nuevo a llorar amargamente, pero reprimió sus sollozos por miedo a que los cristianos le cogieran impidiéndole así cumplir su sagrado deber.

Medoro y Cloridano, colocaron sobre sus hombros el inanimado cuerpo de Dardinelo y se alejaron tan deprisa como la preciosa carga se lo permitía. Mas de pronto, he aquí que Zerbino, caballero escocés, que batallaba al lado del rey Carlos, y había salido a explorar el campo enemigo, regresó al campamento. Los caballeros que le acompañaban divisaron de lejos a los dos infieles y se lanzaron en tropel hacia ellos.

—Hermano—dijo Cloridano a Medoro— forzoso nos será soltar nuestra carga y emprender la fuga, pues no sería prudente que dos vivos se perdiesen por salvar a un muerto.

Y soltó su parte de carga, pero Medoro que

amaba a su señor más que Cloridano, acomodó al muerto sobre sus hombros y siguió andando con gran trabajo, mientras Cloridano creyendo que Medoro le seguía, se ponía a salvo.

No hay para qué decir que los caballeros cristianos dieron la voz de alarma en el campamento y al ver a los numerosos guerreros a quienes la espada de Cloridano había dado muerte todo fueron gritos de guerra y de venganza. El ejército entero se lanzó en persecución de los dos sarracenos.

Y había en aquellos tiempos y en aquellos lugares una selva tan intrincada, tan poblada de espesas plantas y cubierta de inextrincables senderos, que era como un laberinto en el que jamás había entrado planta humana. La esperanza de encontrar esta selva para salvarse en ella guiaba a los dos jóvenes moros. Y al fin, con ella dieron.

Mas sucedió que Medoro, agobiado como iba por el peso del cadáver de Dardinelo, no acertaba a encontrar un refugio y cuanto más ca-

minaba, más se perdía entre la maleza y las zarzas.

Cloridano, en cambio, llegó a encontrarse en lugar seguro, y libre ya de sus perseguidores, se volvió creyendo llevar detrás de sí a su amigo. Al ver que no estaba a su lado, lloró y se desesperó.

—¡Medoro! ¡Medoro!—gritaba—¿Cómo he podido dejarte atrás, quizás en manos de nuestros enemigos? ¡Medoro! ¡Medoro!

Así, diciendo, volvió a internarse en los senderos de la selva y desanduvo el camino andado y oyó de nuevo el rumor de las pisadas de los caballos y los gritos amenazadores de los enemigos. Conoció al fin la voz de Medoro, y acercándose le vió sólo, a pie y rodeado de más de cien jinetes. El infeliz sarraceno daba vueltas de acá para allá, buscando refugio detrás de los árboles corpulentos y de los erizados espinos sin dejar un instante el cuerpo de su amo. Por último, colocó sobre la hierba su preciosa carga y prosiguió defendiéndose con redoblada fuerza.

Cloridano, que desde un escondrijo lo pre-

senciaba todo, no sabía cómo acudir en su auxilio. Ellos solos contra cien, era muy poca cosa. Sin salir, pues, del lugar en que estaba oculto, colocó en el arco uno de sus agudos venablos y lo disparó con tan buena fortuna, que atravesó el pecho del más fuerte escocés, quien cayó muerto de su caballo. A un mismo tiempo se volvieron todos hacia el lugar de donde había salido la flecha, pero nada vieron. Mas en el mismo instante surgió otra flecha del mismo lugar y cayó redondo otro escocés. Y luego otro, y luego otro.

Entonces el jefe de los escoceses no pudiendo resistir más aquella funesta burla, se volvió hacia Medoro, diciendo:

—Tu muerte nos vengará.

Y cogió al joven por los cabellos y lo atrajo hacia sí, mas al ver aquel rostro bellísimo, mas que de hombre de niño, se apiadó de él y no le mató.

El sarraceno dijo entonces:

—Caballero, un sólo favor quiero pedir. Si creéis que merezco la muerte, haced que

muera, mas dejad antes que sepulte en la tierra piadosa el cuerpo de mi rey y señor.

Ante tal abnegación, el escocés se conmovió y aún sintió gran compasión hacia el moro, mas un bárbaro guerrero, sin respeto alguno a su jefe, clavó su lanza en el pecho de Medoro. El jefe escocés ordenó que se diera muerte al traidor.

Al ver Cloridano que Medoro caía herido al suelo, salió de su escondite para combatir a pecho descubierto ; arrojó lejos de sí el arco y ciego de ira atacó espada en mano a sus enemigos. No tardó en enrojecer el suelo con su sangre, cayendo muerto al lado de Medoro.

Entonces los escoceses se alejaron del bosque siguiendo a su jefe y dejando a los dos moros, sin vida el uno y casi muerto el otro.

## VIII

### ANGÉLICA Y MEDORO

**E**N aquella selva habitaba una doncella de sin par hermosura. Tan bella era, que su fama había recorrido por tres veces la tierra, y muchos caballeros nobles, y donceles aguerridos concibieron el proyecto de llegar al bosque para conquistarla. Mas he aquí que esta doncella era tan desdeñosa como bella y los más altos príncipes y los más esforzados paladines, la habían pretendido sin que ella concediera a ninguno su amor.

Esta joven, poseía además un anillo de tan mágico poder que con sólo su deseo la hacía invisible a los ojos de todos, y además otorgaba a su dueña fuerza contra todos los hechizos. No hay para que decir que este anillo era el del mágico Atlante. Y la doncella, Angélica, la altiva hija del gran Kan de Catay.

Sucedió que la hermosa Angélica, la que siempre se burlara del amor, y aún en el mismo Orlando, espejo de paladines y caballeros fieles, encontraba algo que desdeñar, halló en el bosque a Medoro el sarraceno, y se prendó de él.

Era tan jovencillo, estaba tan cruelmente herido, y era tan hermoso y sencillo, que Angélica se sintió inclinada a la más dulce compasión.

Entonces procuró recordar los secretos de la cirugía que aprendiera en la India. Recordó haber visto en una pradera inmediata una planta saludable;—quizás el dicitamo o la panacea—corrió a cogerla y volvió al lado de Medoro.

En el camino encontró a un pastor que iba buscando una ternera que se le había perdido.

—Pastor, mi buen pastor—dijo la doncella—¿queréis ayudarme a curar a un joven que se muere?

Y el pastor dijo que sí y siguió tras ella.

Cuando llegaron junto al sarraceno la doncella se apeó de su palafrén e hizo que el pas-

tor se apeara del suyo ; machacó después la hierba entre dos piedras, la cogió y exprimió su jugo en el hueco de su mano ; lo aplicó a las heridas, al pecho, vientre y piernas del moribundo. Y al momento cesó la sangre de brotar y las heridas se cerraron.

Medoro recobró el conocimiento y en cuanto vió la hermosura de Angélica se sintió abrazado en amoroso fuego.

Mas no subió al caballo que el pastor le brindaba, sin antes haber sepultado los cuerpos de su señor y de su amigo.

El pastor llevó a Medoro a su cabaña donde habitaba con su mujer y con sus hijos ; allí Angélica cuidó tan tiernamente al sarraceno que éste recobró la vida y la salud perdida y con ella su marchita belleza. Así pasaron muchos días, que a los dos enamorados se les hicieron tan cortos como breves instantes y al fin Angélica, después de instruir a Medoro en la santa religión cristiana, decidió desposarse con él.

No fueron las bodas todo lo solemnes que debieran haber sido dada la alta condición de

la novia y las muchas riquezas que allá, en la India, poseía, pero fueron muy alegres y tranquilas, y en aquel apacible retiro pasaron aún los esposos largos días.

Al fin, Angélica se decidió a partir y convenció a Medoro de que debían regresar a la India para ceñirse allí la brillante corona del Catay. Aceptó Medoro.

Antes de partir regaló Angélica al buen pastor y a su mujer un brazalete valiosísimo que nunca se quitaba, y que en otros tiempos le regalara Orlando.

## IX

### FIN DEL ESCUDO LUMINOSO

**D**ESPUÉS de pasar mil peligros en el mar y en la tierra, Bradamante, la doncella guerrera, y Rugiero, el paladín siempre victorioso, llegaron a encontrarse.

No hay para qué decir cuánta sería su alegría y cuántos sus extremos al hallarse juntos. Y hablando, hablando de cuantas aventuras habían corrido, y de su vida anterior y de sus esperanzas, resultó que Rugiero era moro y Bradamante cristiana, cosa que sucedía con frecuencia entonces.

—No podré otorgarte mi mano si antes no te bautizas—dijo ella.

—Instrúyeme en la fe de tu mayores y créere en tu Dios—repuso él.

Y así lo hicieron. Y se dirigían al monasterio

de Valleumbroso, donde Rugiero había de ser bautizado, cuando al salir del bosque encontraron una dama que lloraba amargamente. Rugiero, fiel con las leyes de la andante caballería, se acercó a preguntarle que la afligía de aquel modo.

—Gentil caballero—dijo la dama—estas lágrimas obedecen a la compasión que me inspira un doncel a quien van a dar muerte hoy mismo en un castillo cercano a estos lugares. Este joven amaba tiernamente a la hija de Marsilio, rey de España; el rey se oponía a estos amores y al descubrir que él y ella estaban de acuerdo para casarse sin su consentimiento, los ha encerrado en el castillo, en distintos calabozos. Estoy segura de que no transcurrirá el día de hoy sin que el joven perezca en la hoguera y ello es causa de mis lágrimas.

Al oír estas palabras Bradamante, se conmovió profundamente y volviéndose hacia Rugiero, dijo:

—Debemos apereibir en seguida las armas para libertar a ese cautivo.

Y luego, volviéndose a la dama, añadió:



...encontraron una dama que lloraba...

—Si logramos llegar a los muros de ese castillo a tiempo de hallar al doncel con vida, ten por seguro que le salvaremos.

Y Rugiero por no ser menos que su dama, dijo también :

—No es esta hora de llorar sino de socorrer ; dinos pronto cuál es el camino más corto para llegar a donde se halla tu protegido que como nos conduzcas inmediatamente a su lado, te prometemos sacarle con bien de entre lanzas y espadas.

La dama vaciló un momento y luego contestó con tímida voz :

—Si fuésemos por el camino llano y derecho, sin duda llegaríamos al castillo antes de que la hoguera estuviera encendida ; pero nos vemos obligados a caminar por senderos tan ásperos y tortuosos que cuando lleguemos al castillo ya habrá muerto el joven.

—Y ¿por qué no hemos de ir por el camino más corto?—preguntó Rugiero.

La dama respondió :

—Porque a la mitad del camino se encuentra el castillo de Pinabel, hombre perverso si

los hay, que desde hace tres días ha establecido una inícuca y vergonzosa costumbre para las damas y caballeros andantes. Esta costumbre consiste en despojar, a cuantas damas y caballeros pasan por su puerta, de corceles, armas y vestiduras. Los cuatro mejores paladines que desde hace muchos años enristran lanza en tierras de Francia, han jurado a Pinabel ser mantenedores de esta infame ley en su castillo.

—Y ¿a qué obedece esa extraña ley?

—Obedece a que la dama de Pinabel es la más inícuca y orgullosa de las mujeres. Cierta día vió pasar por la puerta de su castillo a un caballero que llevaba a la grupa a una anciana. La dama de Pinabel se rió de ella, y entonces el caballero desafió a Pinabel y le venció poniéndole por condición de combate que la orgullosa dama se quitara su rico vestido y se lo diera a la anciana y él se desmontara y le diera sus armas y su caballo. Y como era la condición de combate, tuvo que ser así.

Pero la dama rabiando de despecho, juró a su esposo que no descansaría ni de día ni

de noche, mientras no hubiera 'dismontado a mil caballeros y mil damas quitándoles a los unos las armas y los vestidos a las otras.

«Aquel mismo día quiso la suerte que llegaran al castillo de Pinabel cuatro esforzados caballeros' venidos de comarcas remotísimas y célebres los cuatro por su valor y destreza en el manejo de las armas ; llámanse Aquilante, Grifón, Sansonete y el más joven Guido, el salvaje. Pinabel les dispensó, al parecer, una excelente acogida, mas por la noche, mientras estaban durmiendo, les aprisionó y no consintió en restituirles la libertad hasta que le juraron permanecer allí durante un año y un mes despojando de sus armas y caballos a cuantos caballeros andantes pasaran por allí y de sus vestidos a las damas que los acompañasen. Obligados por la violencia no tuvieron otro remedio que cumplir el inícuo juramento. Y hasta hoy, nadie ha luchado con ellos sin quedar vencido : desde hace tres días, nadie pasa por el castillo sin dejar en él armas, caballos y vestidos. Comprenderéis que siendo nuestra

empresa tan urgente, no podéis exponeros a los azares de una lucha.»

Acabó de hablar la dama. Y Bradamante y Rugiero dijeron a una :

—Guíanos por el camino más corto.

Y sin decir una palabra más la dama, les guió por el camino más corto.

Habrían andado cosa de una milla cuando llegaron al castillo donde se dejaban las armas y los vestidos... y aún se corría peligro de dejar la vida. Quisieron pasar de largo, pero la campana del castillo sonó dos veces anunciando su presencia. Se abrió la puerta y un viejo montado en un rocín, salió gritando :

—¡ Esperad, esperad, que hay que pagar derechos ! Que esa dama se desnude de sus vestidos, y vosotros, hijos míos, quitaros vuestras armas y dejad aquí vuestros caballos. Mas os valdrá esto que exponeros a luchar con cuatro guerreros invencibles.

Y dijo Rugiero :

—Tengo ganas de ver si en efecto esos cuatro guerreros son tan valientes como dicen, pero, por vida mía, que ello sea pronto, porque

necesitamos atravesar esa montaña—con armas, caballos y vestidos—y estamos perdiendo un tiempo precioso.

Dijo el viejo.

—Por el puente se acerca quien viene a satisfacer tus deseos.

En efecto, por él se adelantaba un caballero que llevaba una sobrevesta roja, salpicada de flores blancas. En esta vestimenta comprendió Rugiero que el paladín era Sansonete.

Los dos adversarios se acometieron lanza en ristre. Con tales lanzas, capaces de hender un yunque—tan bien templados tenían sus hierros—se alcanzaron a mitad de su carrera dándose un fuerte bote en los escudos. El que Rugiero llevaba ya sabemos como era el del mágico Atlante, único don del nigromante que el paladín conservaba, pues el anillo lo tenía Angélica y el Hipogrifo se había remontado por los aires. Este escudo de Rugiero, como también sabemos, iba siempre tapado.

Y como era impenetrable, resistió el poderoso empuje de la lanza de Sansonete.

El de éste, en cambio, quedó abierto por

enmedio al golpe del hierro enemigo; y el hierro hirió a Sansonete que fué arrojado de la silla. El primer mantenedor de la inícua ley de despojo quedaba descartado: el vigia del castillo haciendo con la campana una nueva señal, avisó a los demás compañeros que saliesen a su vez a combatir.

Y, aunque contra su voluntad, salieron, pues la infame dama de Pinabel les recordaba desde una ventana el pacto hecho tres días antes y los juramentos prestados.

También Rugiero gritaba burlón:

—¡Mirad mis armas! ¡Mirad mi caballo cuya silla y arneses son enteramente nuevos! Contemplad también el traje de esta dama: si deseáis apoderaros de todo ¿qué os detiene?

Las palabras de la dueña del castillo y las provocaciones de Rugiero, excitaron a los mantenedores que, cumpliendo el pacto hecho con Pinabel de atacar los tres juntos si era vencido el primer campeón, arremetieron contra Rugiero llevando la cara roja de vergüenza.

Pero a Rugiero le inspiraban menos temor sus adversarios, que si hubieran sido débiles

criaturas. La lanza del paladín fué a chocar con la extremidad del escudo de Grifón a la altura del almete; Grifón se tambaleó y al fin cayó, pero su lanza tropezó al caer con el escudo de Rugiero y se deslizó por su superficie bruñida. Y se desgarró una punta del velo que cubría el fulgor espantoso y encantado, a cuyo resplandor debían todos caer irremisiblemente al suelo.

Aquilante, que acometía en aquel instante a Rugiero, arrancó el resto del velo. Y el escudo brilló como un rayo; y todos cayeron al suelo súbitamente heridos por el resplandor.

Rugiero, sin darse aún cuenta de lo sucedido, volvió su caballo buscando quien le hiciera frente, pero caballeros, soldados, damas, todos cuantos estaban en una legua a la redonda, parecían próximos a morir. Al principio Rugiero quedó sorprendido, mas pronto observó que de su brazo izquierdo pendía, hecho girones, el velo con que solía cubrir el mágico resplandor del escudo.

Enseguida miró en torno suyo. Bradamante había desaparecido y la dama que hasta allí

les había conducido estaba desmayada. Tomó Rugiero el manto que la dama llevaba y envolvió en él el radiante escudo. Luego, pensando que su amada se habría adelantado a salvar al joven que iba a ser pasto de las llamas, puso a la dama a la grupa de su caballo y cabalgó ligero.

Pero mientras recorría bosques, caminos y senderos, se sentía cada vez más avergonzado de haber ganado el combate por arte mágica y sin esfuerzo alguno.

—En adelante todos dirán que he conseguido mi triunfo por medio de encantos y no por mi valor—pensaba.

Y mientras esto iba pensando tropezó con lo que necesitaba : en medio del campo vió una cisterna de las que sirven para abrevar los caballos en las horas calurosas del estío.

Saltó del caballo ; cogió una piedra de gran peso y atándola al escudo tiró una y otro al fondo de la cisterna exclamando :

—Permanece ahí sepultado y quede contigo oculto mi oprobio.

El pozo era profundo y estaba lleno de agua

hasta los bordes : la piedra y el escudo eran pesados, así es que no pararon hasta llegar al fondo : el agua volvió a unirse tras ellos.

La fama de aquel hecho cundió por el mundo entero y de las más apartadas regiones de la tierra acudieron muchísimos guerreros con la esperanza de encontrar el prodigioso escudo. Pero ninguno supo dar con el bosque en que el pozo se hallaba. Porque la fama que publicó la acción de Rugiero, no quiso revelar nunca la situación del país ni de la cisterna.

Rugiero llegó a tiempo de libertar al joven que iba a ser pasto de las llamas. Pero perdió de nuevo a su adorada Bradamante.



## X

### ORLANDO, ENLOQUECIDO

**Y** he aquí que Orlando, después de vencer a mil guerreros esforzados, de salvar a mil doncellas perseguidas, de demostrar su denuedo en mil batallas y combates por mar y por tierra, penetró un día en una selva, la más intrincada que viera en su vida. Internándose en ella, observó que en todos los arboles había dos nombres grabados en la ruda corteza, con la hoja de un cuchillo. Eran los nombres de Angélica y Medoro. Y el paladín de Francia pensó :

—Quizás ese Medoro es un nombre imaginario con que mi amada me designa.

Más allá entró en una gruta a cuya entrada estaban grabados unos versos en lengua árabe. Como ésta era tan familiar a Orlando como

el mismo latín, pudo por ellos comprender que el poeta que los había compuesto se alababa de poseer el amor de la bella Angélica, la que nunca amara a ningún paladín ni caballero.

En el primer momento, Orlando creyó morir de dolor; los ojos se le nublaron y estuvo a punto de desvanecerse. Pero luego pensó que acaso aquella Angélica no fuera la suya, o aquel poeta—mentiroso como es fama que lo son todos—no dijese verdad.

Y prosiguió su camino.

No había andado mucho, cuando distinguió las blancas espirales de humo que salían de algunas cabañas, y oyó el ladrido de los perros, el balido de los rebaños y por último llegó a la puerta de una cabaña de pastores en la que pidió hospitalidad. Siempre dominado por la tristeza echó pie a tierra y confió su Brida-de-oro—que éste era el nombre de su caballo—, a un pastorcillo, mientras otros le quitaban las doradas espuelas o le limpiaban la coraza. Aquella cabaña y aquellos pastores, eran, precisamente, los que habían acogido a Medoro herido y a Angélica enamorada.

Orlando rehusó la cena que aquellas buenas gentes le ofrecían; la duda se había apoderado de él y en vano trataba de entregarse al descanso.

Y he aquí, que sin preguntar a nadie, le fué revelada toda la historia que quería y temía saber. Porque viéndole el pastor tan afligido y abismado en sus cavilaciones quiso distraerle y empezó a relatar, sin pasar nada por alto, la historia de los dos enamorados, Angélica y Medoro. Al oír el nombre de su amada, Orlando se echó a temblar violentamente y más cuando el pastor le dijo cómo la enamorada doncella era hija del Kan de Catay, y más aún cuando por demostrar la esplendidez y alto linaje de la hermosa, mostró el buen hombre a su huésped el regio brazalete que le regalara Angélica al partir.

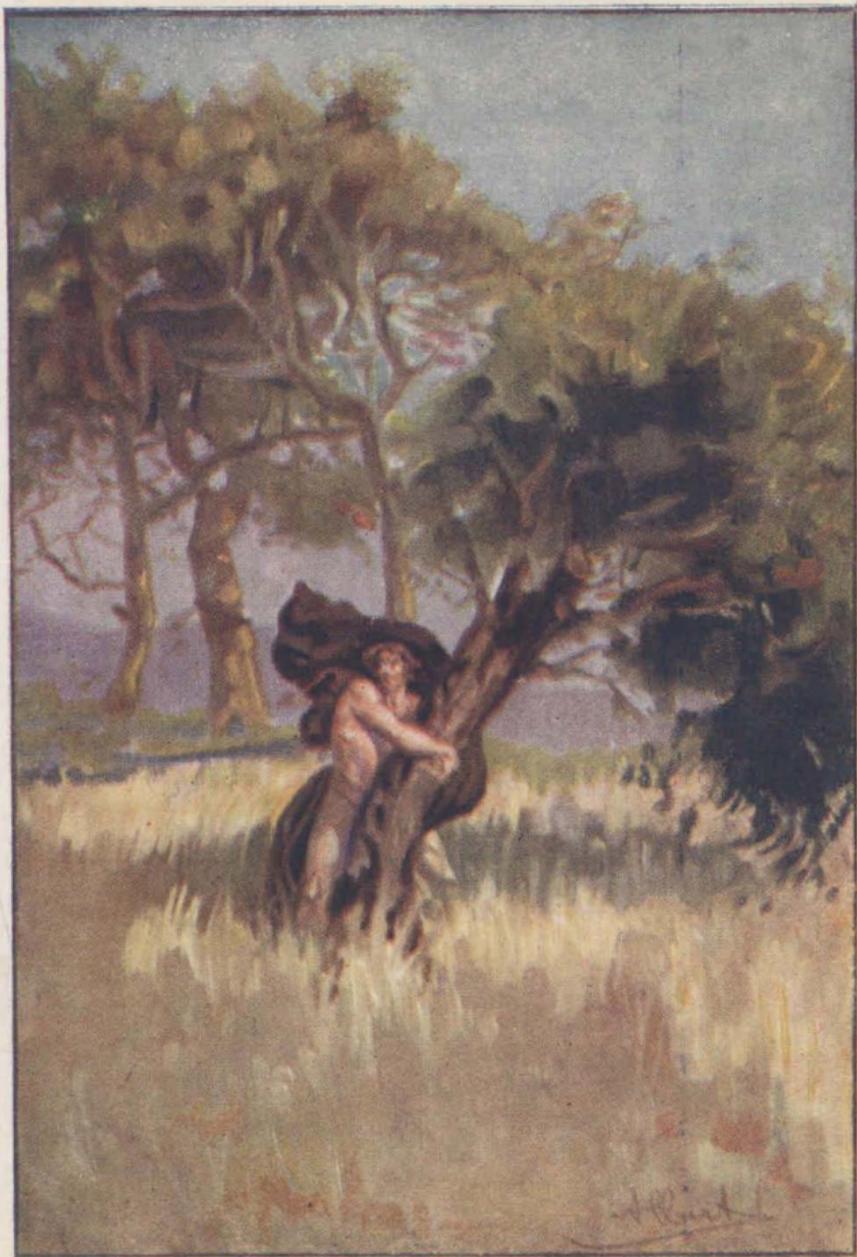
Viendo Orlando esta alhaja, que él mismo diera en prenda a su amada, ya no dudó un punto su desgracia, y sin querer oír ni saber más cogió sus armas, montó su caballo y empezó a caminar a la ventura, por entre las más obscuras enramadas del bosque. Al verse otra

vez en soledad prorrumpió en gritos y alaridos.

Toda la noche anduvo errante por el bosque y al llegar el día se halló de nuevo ante la gruta en que estaban grabados los versos de Medoro. Al leerlos otra vez, sintió que se redoblaba su furor. Empuñó la espada e hizo pedazos la inscripción y la roca cuyos menudos trozos volaron hasta el cielo.

Después el caballero Orlando permaneció tres días con tres noches con los ojos abiertos y fijos en el cielo sin despegar los labios ni tomar alimento ni conciliar el sueño. Al salir de aquel estado había perdido la razón por completo.

Se arrancó la armadura y la cota de malla ; arrojó lejos de sí el yelmo y el escudo, la coraza y las armas que esparció por el bosque, y deshizo en girones sus ricos vestidos. Luego llevó a cabo en su furia. las más raras proezas ; de un sólo esfuerzo arrancó del suelo un pino gigantesco, y luego otro, y otro como si fueran sólo sencillos matojos. Y siguió destrozando encinas y olmos corpulentos y hayas centenarias, y era tal el estrépito que por don-



...arrancó del suelo un pino gigantesco...

de iba levantaba, que salían aterrorizados a verle señores y pecheros, y le huían después como a la tormenta.

Que los siglos no vieron jamás locura semejante a la suya.



## XI

### MÁS LOCURAS DE ORLANDO

**F**UERA también locura pretender referir una por una todas las que cometió Orlando, pues fueron tantas que sería como el cuento de nunca acabar ; baste saber que ahora sin razón como antes sobrado de ella, recorrió el mundo entero impulsado siempre por su furioso delirio y al fin volvió al mismo punto de donde había partido, esto es, a los montes que separan España de Francia. Encamínabase hacia Occidente y seguía un estrecho sendero que dominaba un valle profundo, cuando en tan reducido espacio encontró dos jóvenes que llevaban delante de sí un asno cargado de leña.

Conociendo los campesinos en el semblante de Orlando, que éste estaba privado de razón, empezaron a gritarle que se hiciera atrás

o a un lado y les dejara el paso libre. El loco no les respondió una palabra pero levantando una pierna, dió tan soberano puntapié al asno en mitad del pecho, que el animal salió por los aires volando, como un pajarillo y fué a caer en la cima de un monte, distante más de una milla a la otra parte del valle. Arremetió después con los dos campesinos, mas éstos sintieron tal terror que uno se arrojó al fondo de la sima y el otro trepó en menos tiempo que se cuenta a la cresta de la montaña. El uno se mató y el otro siguió viviendo, según dicen; él fué quien relató este hecho a Turpin, historiador de las hazañas del caballero Orlando.

El furioso paladín recorrió la España entera sin cesar en su locura y al fin llegando a Tarragona quiso descansar en la playa, y se hundió en la arena hasta el cuello.

Y he quí, que en tan triste situación le encontraron Angélica y Medoro al regresar de celebrar sus bodas en tierras del Catay. Angélica no conoció al paladín hasta estar a su lado, mas al reconocer al espejo de los caballeros andantes en aquel sér harapiento, destrozado, re-

pugnante e insensato, de mejillas enjutas y cabellos sucios y enmarañados, dió un grito penetrante, y corrió a ponerse bajo la protección de Medoro.

No digamos cual sería la impresión que la vista de Angélica causó en el desdichado paladín: se redobló su furia y corrió tras ella con intención sin duda de ahogarla entre sus brazos.

Al ver Medoro la intención del loco, le echó encima el caballo, y empezó a darle tajos y mandobles por la espalda con propósito de cortarle la cabeza, mas el cuerpo de Orlando parecía invulnerable o encantado, pues ni un venablo podía atravesarlo. El loco, que como sabemos no llevaba armas, al sentirse golpeado por la espalda se volvió y dió al caballo de Medoro tan soberano puñetazo, que el noble animal cayó muerto en el acto, partido por el medio ni más ni menos que si hubiese sido de vidrio.

Después Orlando, siguió persiguiendo a la que tanto había amado y ahora odiaba. Ella huía lanzado su yegua a todo escape, excitán-

dola con el látigo y las espuelas, mas aunque el animal corría como una flecha, ella temía tanto al loco, que le parecía que iba con lentitud.

De pronto, cuando ya Orlando extendía la mano para sujetarla del vestido, recordó ella el poderoso talismán que llevaba en el dedo : era éste el anillo del mago Atlante que el esforzado Rugiero le pusiera en el dedo al salvarla de la orca marina. Con movimiento rapidísimo se quitó el anillo del dedo y se lo puso en la boca.

Y desapareció de la vista de Orlando.

Mas fuera efecto del temor, o bien del movimiento que hizo al quitarse el anillo del dedo, o bien que la yegua tropezase, es lo cierto que Angélica salió despedida de la silla y cayó tendida en la arena, donde más tarde la recogió Medoro.

El loco al perder de vista a Angélica, viendo a la yegua sola se lanzó hacia ella y la cogió primero de la crin, de la brida después ; por último se montó en ella y la hizo galopar muchas millas seguidas, en todas direcciones, sin qui-

tarle el freno ni la silla, y sin dejarla probar alimento ninguno.

Al intentar saltar una zanja, cayeron pesadamente al fondo la caballería y el jinete; éste no se hizo daño, porque era invulnerable, pero la bestia se dislocó una pata. Entonces el paladín se la echó auestas y anduvo así un buen número de leguas con ella. Luego quiso hacerla andar pero la yegua le seguía con paso tardo y cojeando.

—¡ Anda, anda !—le gritaba Orlando. Pero era inútil.

Entonces el pobre loco le ató una de las riendas a la pata derecha y tiró de ella emprendiendo una loca carrera. La yegua fué dejando las crines y la piel pegados a los guijarros del escabroso camino. Y al fin murió de cansancio, de dolor y de hambre. Pero Orlando siguió tirando de ella.

Al fin un día se vió precisado a dejarla a la orilla de un río; Orlando se tiró al agua y como nadaba ni más ni menos que una anguila salió en breve a la otra orilla. Y he aquí que en ella encontró a un pastor que se en-

caminaba hacia el río para abreviar en él al caballo en que iba montado y el pastor vió al loco y le extrañó su extraordinaria facha, mas al ver que iba solo y desarmado, no le pareció temible.

—Pastor—dijo el loco—quiero cambiarte mi yegua por tu caballo. Te la enseñaré desde aquí pues la he dejado en la otra orilla. Verdad es que está muerta, pero como no tiene otro defecto, ese puedes curárselo con cualquier medicina. Como me gusta tu caballo, te agradeceré que te bajes de él y hagamos el cambio, dándome tú algo encima, por supuesto.

El pastor se echó a reír y continuó su camino.

—¿No me oyes?—prosiguió Orlando—He dicho que quiero tu caballo.

Y siguió encolerizado tras el pastor, quien al verse perseguido se volvió y dió un golpe al loco con su cayado lleno de nudos. Entonces el furor de Orlando fué tal, que de un sólo puñetazo dejó allí tendido al pastorcillo.

En seguida se montó en el caballo, pero como

tampoco le dió de comer, ni tregua ni descanso, murió lo mismo que el otro. Y así fué apoderándose de cuantos caballos encontraba.

Un día, habiendo llegado a la ciudad de Algeciras, junto al estrecho de Gibraltar, vió que se apartaba de la playa una barca llena de bulliciosos jóvenes que iban a solazarse en la frescura de las ondas. Agradóle la diversión al loco y empezó a gritar desde la orilla.

—¡ Esperad, esperad !

Pero el esquife siguió su rauda carrera sin que los que iban dentro de él le hicieran caso.

Orlando entonces hostigó a su caballo y le impelió hacia el mar. El animal se encabritó y resistió cuanto pudo, pero al fin no tuvo más remedio que entrar en el agua doblando poco a poco las patas, luego el vientre y la grupa y al fin el cuello, ya no le quedaba más alternativa que ahogarse en el camino o atravesar a nado el estrecho hasta las playas africanas.

Y Orlando perdió de vista la tierra y la barca que le hiciera cometer tal locura, cuando su corcel, agotado por el esfuerzo, dejó de vivir y de nadar al mismo tiempo, yéndose al

fondo, a donde hubiera arrastrado a su jinete si Orlando no tuviera los brazos fuera del agua. Entonces el paladín empezó a agitar los pies y las manos sosteniéndose a flor de agua y apartando con sus furiosos resoplidos las olas que iban a estrellarse en su rostro. Al fin llegó a Ceuta, en la otra orilla.

Así Orlando furioso, atravesó a nado el estrecho de Gibraltar. Y ello fué una de sus más portentosas hazañas.

## EL SUEÑO DE ASTOLFO

**A**STOLFO, el gran duque protegido de las hadas, y vencedor en cien mil batallas, no podía vivir tranquilo sabiendo la triste condición en que se arrastraba Orlando, paladín de Francia. En vano envió mensajeros en su busca de uno a otro confín, en vano consultó sabios y doctores : todo era inútil. Ni Orlando parecía ni los sabios conocían remedio a su mal.

Una noche, vió en sueños algo prodigioso. Se encontraba en el Cielo, mansión de infinitas delicias, y San Juan, el Evangelista y los santos salían a recibirle. Preguntado por Astolfo, san Juan le decía así :

—»Has de saber, hijo mío, que Orlando, por haber olvidado su deber, ha sido castigado

por Dios a quien ofenden doblemente las faltas de los hijos que le son más queridos. Orlando, que recibió al nacer una fuerza extraordinaria y un denuedo sobrenatural y aún alcanzó el don, no concedido a ningún mortal, de ser invulnerable, porque mejor sirviera a la causa de la santa fe, ha intentado matar a uno de sus primos por el amor de una mujer y por ella ha hecho las mayores locuras. Loco ha sido en amarla tan sin juicio, y quedarse sin juicio ha sido su castigo. Ahora bien, la voluntad divina, por el mucho bien que Orlando ha hecho a la causa cristiana, permite que tú hayas llegado hasta aquí para saber por mi boca el medio de restituir a Orlando su juicio. Para ello debes emprender conmigo otro largo viaje; debo conducirte al círculo de la Luna que, es de todos los astros el que está más cerca de nosotros, y en donde se halla la medicina que ha de devolver a Orlando su juicio. En cuanto dicho astro envíe su luz a la tierra, nos trasladaremos a él.

Y así fué. Tan luego como el sol se sepultó en el mar y asomó sus cuernos la luna,

preparóse un carro destinado a recorrer las regiones celestiales y tirado por cuatro corceles más resplandecientes que las llamas. Y en él llegaron el apóstol y el caballero al reino de la Luna, y vieron que en su mayor parte brillaba este astro cómo un acero bruñido y sin mancha.

Astolfo se quedó muy sorprendido al ver en aquel astro ríos, lagos y campos muy diferentes de los nuestros, y fué de admiración en admiración al encontrar en la Luna, montañas, ciudades, castillos y selvas.

Mas el objeto de aquel portentoso viaje, no era admirar maravillas, sino buscar algo que el pobre Orlando había perdido. El santo apóstol condujo al duque a un profundo valle, entre dos montañas, donde quedan admirablemente recogidas cuantas cosas se pierden en la tierra. Claro que no son cosas materiales las que allí se encuentran, sino el tiempo que el ocioso pierde, los suspiros y lágrimas de los enamorados; los ruegos y votos que los pecadores dirigen a Dios, la ociosidad de los ignorantes, los proyectos y deseos vanos.

Allí vió Astolfo una masa confusa de anzuelos de oro y plata que son los que, con esperanza de mayor recompensa se ofrecen a los reyes, a los príncipes y a los poderosos. Vió unas guirnaldas entre las que había unas redes ocultas ; eran las lisonjas y las adulaciones. Vió los versos hechos en alabanza de los magnates, representados por cigarras de estridente y molesto canto, y los amores mal correspondidos representados por cadenas de oro y pedrería. Al fin llegó Astolfo al lugar donde estaba encerrado el juicio. Era éste cómo un líquido sutil, encerrado en frascos de diferentes formas y tamaños. En el mayor y más bello de todos estos frascos, estaba contenido el juicio del paladín de Francia, Astolfo lo reconoció enseguida porque como todos los demás tenía un letrero, y en éste decía : «Juicio de Orlando». El duque vió que el frasco de su juicio estaba casi vacío, pero que muchos que él creía que debían estarlo también, estaban casi llenos, lo cual indicaba que sus dueños no andaban muy bien de razón. Que a unos

se la habían hecho perder las riquezas, a otros la magia o la gloria, a otros el amor...

El Duque con la venia del apóstol, tomó el frasco que contenía el juicio de Orlando, y después de ver y admirar otros mil prodigios, que si quisieramos referirlos todos sería el cuento de nunca acabar, el carro de fuego condujo al apóstol al cielo y al Duque a la tierra.



## EL JUICIO DE ORLANDO

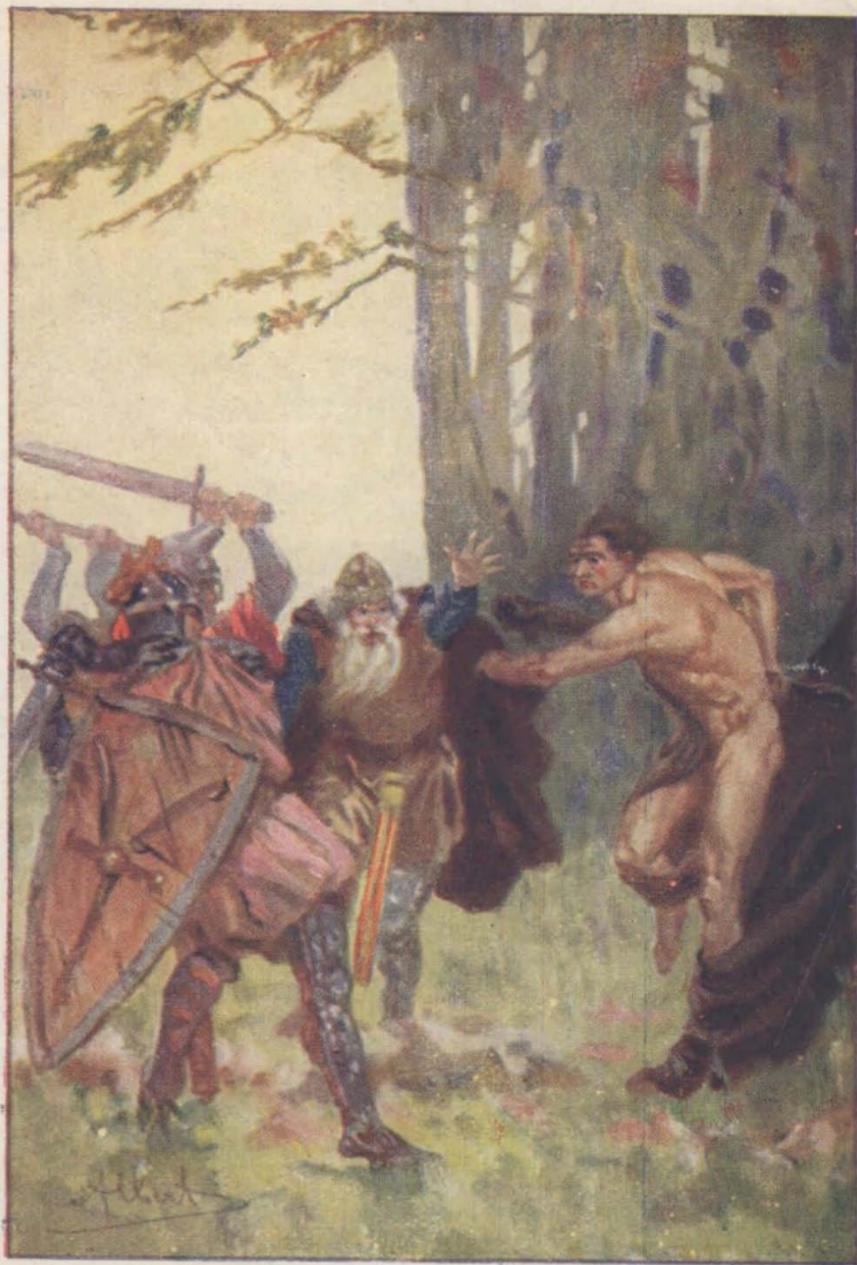
**P**OR aquella época Astolfo, el duque guerrero, se aprestaba a la lucha contra los sarracenos. Contaba con un ejército tan numeroso que no hubieran podido resistirle siete países tan grandes cómo el Africa, así fué, que eligió entre sus guerreros, los que más aptos le parecieron para los trabajos del mar, y los convocó a todos en la costa. Después, según cuentan las viejas crónicas de la época, se llenó las manos cuanto pudo de hojas de laureles, cedros, olivos y palmas se dirigió a la playa, y las arrojó a las olas.

Instantaneamente, apenas tocaron el agua, aquellas hojas empezaron a crecer de un modo increíble; se encorvaron y se hicieron gruesas, largas y pesadas; las venas que las atravesaban se tornaron en hierros y maderas sólidas y conservando la forma aguda de sus extremidades quedaron en un momento transformadas en naves de diferentes clases. Así las

hojas de los árboles se convirtieron prodigiosamente en fustas, galeras y otros bajeles, bien provistos de remos, velas, obenques y todo el aparejo necesario en un buque. La expedición de Astolfo se compuso así de veintiseismil hombres y trescientas naves.

En Africa, fueron de victoria en victoria, y he aquí, que se hallaban juntos todos los expedicionarios en la africana playa, preparándose al regreso y dispuestos a expulsar a los sarracenos que invadían ya las costas de la hermosa Provenza, cuando se oyó un rumor que iba creciendo por momentos, y unas voces de alarma tan terribles que todos los caballeros echaron la mano a la espada.

El duque Astolfo y sus compañeros se apresuraron a montar a caballo y a empuñar sus armas, y dirigiéndose al lugar de donde salía la gritería, trataban de averiguar la causa de tan gran tumulto, cuando vieron a un hombre tan feroz, que a pesar de ir sólo y desarmado y vestido de andrajos, causaba grandes estragos en el campamento. Esgrimía un palo tan duro, tan pesado y macizo que derribaba sin sen-



¡Deteneos, paladines: es el Conde Orlando!

tido a cuantos tocaba. Y era en vano que disparasen contra él los arcos porqué las saetas resbalaban por su piel sin herirle siquiera.

Los caballeros iban ya a echarse encima de aquel loco, cuando el duque Astolfo mirándole a los ojos, gritó :

—¡ Detenéos paladines ; es el conde Orlando !

Todos detuvieron las espadas que volaban ya hacia el intruso, y todos se sintieron movidos a compasión al ver en aquel estado, al que había sido espejo de los caballeros andantes de Francia. Todos aquellos fuertes guerreros que habían vencido a los feroces africanos, derramaban lágrimas de compasión al ver al paladín de los paladínes. Pero dijo Astolfo :

—No es hora de llorar, sino de pensar en curarle.

Y saltó del caballo y lo mismo hicieron sus nobles guerreros Sansonete, Brandimante, Olivero y Dudón. Y rodeando al furioso paladín, trataron de sujetarle entre todos.

Al verse Orlando encerrado en aquel círcu-

lo empezó a esgrimir su palo de un modo insensato, y a romper con su fuerza hercúlea escudos, cascos y corazas. Dudón cayó al suelo y Olivero se quedó sin lanza ni espada. Brandimarte cogió entonces a Orlando por detrás oprimiéndole vigorosamente con sus brazos, mientras Astolfo le sujetaba por las piernas. Pero el loco dió tan furiosa sacudida que los dos paladines fueron despedidos a una gran distancia.

Todos los caballeros se levantaron a un tiempo y a una también volvieron a echarse sobre el loco Orlando, mas éste, más semejante a un toro perseguido que a un hombre, se deslizaba de ellos y volvía a sus arrebatos de furia.

Fué Olivero el que comprendió que por aquel sistema nada conseguirían. Fué él también quien hizo que los marineros le llevaran algunas cuerdas muy fuertes en cuyos extremos hizo lazos corredizos que echó a las piernas, a los brazos y al cuerpo de Orlando. Después encargó a cada uno de los guerreros que sostuviera fuertemente las cuerdas por el extremo opues-

to al lazo y por este medio consiguieron que el invencible Orlando cayese derribado al suelo.

Al verle caer en tierra se echaron todos sobre él y le ataron más fuertemente de pies y manos, sin que le valieran sus furiosos arranques ni su debatirse importante. Astolfo ordenó que se le trasladase de allí, pues había llegado el momento de curarle su terrible locura.

—Tú, Dudón—dijo al más alto y corpulento de todos sus guerreros—llévale a la orilla del mar, y que su cuerpo sea sumergido en el agua siete veces seguidas.

Y así se hizo, hasta hacer desaparecer de su rostro toda la suciedad que lo desfiguraba. Después el duque Astolfo, por su propia mano, le tapó la boca con ciertas hierbas cogidas a este efecto, a fin de que sólo pudiera respirar con la nariz.

Después, destapando la redoma en que estaba encerrado el juicio de Orlando, se la aplicó a éste tan cerca de la nariz que al hacer Orlando una fuerte aspiración la vació completamente.

Y... ¡ Oh, prodigio admirable ! El conde Orlando, espejo de caballeros andantes, y paladín

entre los paladines, el alto sobrino del gran Carlomagno, recobró la razón al momento.

Quedó unos momentos absorto, cómo sin comprender porque se encontraba en aquella playa, ni adivinar porque estaba casi desnudo y atado con cuerdas de pies a cabeza. Y al fin dijo :

—Desatadme, amigos.

Y su rostro era tan sereno que sus amigos se apresuraron a complacerle, vistiéndole con un traje que mandaron traer y una armadura que fuese digna de él.

Luego, todo fueron transportes de alegría y fiestas. Nunca Orlando se mostró tan valiente y tan esforzado y tan juicioso al mismo tiempo.

Se le hizo jefe de la escuadra que partía hacia Provenza. Y los nobles francos, vencieron una vez más a los sarracenos.

Desde aquel día las hazañas del paladín Orlando, fueron tantas y tan altas que no pueden contarse. Pues es fama que con ellas quería borrar el recuerdo de su locura pasada. Y el recuerdo de la ingrata Angélica, que tan poco mereció su amor y de quien él no volvió a acordarse en su vida.

## XIV

### BODAS DE BRADAMANTE Y RUGIERO

**B**RADAMANTE, la andante doncella que recorrió los caminos, los poblados y selvas, los países moros y cristianos deshaciendo entuertos, reparando injusticias, corriendo peligros, rompiendo encantamientos y luchando con mil enemigos, unos imaginarios y reales otros, llegó a adquirir tanta fama de esforzada y noble, que en el mundo entero se hablaba de su blanca armadura y su fuerte espada.

Echó abajo castillos encantados, libertó a oprimidas doncellas, hizo prisioneros a duques y a reyes, y en todo lugar y en toda ocasión quedó victoriosa. Lo único que no lograba era encontrar a Rugiero.

Sucedió que siendo tanta su fama, todos los príncipes cristianos la querían por esposa, y ella los desdeñaba a todos. Más llegó un día en

que el emperador Constantino de Grecia, fué a pedir al gran duque Amón, la mano de su hija Bradamante, la doncella guerrera, para León, su hijo, heredero del trono de Grecia. Y Amón, ante la ambición de que su hija bien amada fuese emperatriz, se la concedió.

Cuando Bradamante lo supo, se afligió profundamente, pues nunca pensó tomar esposo que no fuese Rugiero. Y acudió al mismísimo rey de Francia, a quien expuso sus quejas.

—Mi brazo ¡oh, emperador Carlos! es tan esforzado como pueda serlo el del mejor de tus paladines. Mi blanca armadura es temida en todos los campos del infiel sarraceno; en cuantas batallas he ido con los tuyos, mi espada ha decidido la victoria.

—Es cierto—asintió Carlomagno.

—Y así cómo no podría casarme con hombre que fuera inferior a mí, por la alcornúa, no puedo tampoco unirme a quien no sea mi igual en valor y fuerza—prosiguió la doncella.

Y Carlos asintió también.

—Por ello ahora que quieren casarme he de pedirte una merced ¡oh, gran rey!

—Concedida la tienes.

—Y es que se convoque una justa o torneo, en que midan sus armas conmigo los caballeros que pretenden mi mano. No podrá ser mi esposo sino aquel que me venza en la liza.

Y el rey accedió a que así fuera, y esta decisión se publicó a son de trompa, no sólo en la corte de Francia, sino en todos los dominios del Imperio, desde donde se esparció en alas de la fama por toda la tierra.

Y, del mundo entero acudieron paladines deseosos de medir sus armas con la andante doncella.

En tanto Rugiero, el único capaz de vencerla en el amor y en la liza, gemía aherrojado en un calabozo de Grecia, a donde le habían conducido las iras de una alta dama griega, a quien él desdeñaba y que gozaba de gran favor con el emperador Constantino.

Mas he aquí, que el cielo permitió que llegaran a oídos de León, el hijo del Emperador —que era de natural dulce y compasivo—, las crueldades que en aquella prisión se cometían con el prisionero. Y decidió ir a libertarlo aún

que su padre, el emperador, se opusiera a ello. Y una noche, entrando en el calabozo en que Rugiero gemía, mató al carcelero y libertó al paladín.

—Pídeme lo que quieras ;—le dijo Rugiero— sin el caballo, el escudo ni el anillo mágico, mis riquezas no pueden igualarse a las tuyas, mas donde ha estado mi brazo ha estado también siempre la victoria.

Entonces el príncipe León recordó las justas que debían celebrarse al día siguiente, en las que se daba por premio la mano de Bradamante, la hermosa guerrera, y en las que él, por ser de naturaleza débil y apocada no podía soñar en salir victorioso. Y pensó que si Rugiero consintiera en presentarse con su nombre y cubierto con su armadura era seguro el vencimiento y sumisión de la doncella, a quien él después haría su esposa. Y expuso su plan a Rugiero y le rogó que quisiera aceptarlo.

Rugiero, al saber el nombre de la que León tanto amaba, se sintió morir, pero la gratitud le obligaba a acceder a lo que León le pidiera.

Y llegó al fin el día. El palenque se había

levantado al pie de los elevados muros de París. La doncella aguardaba con febril impaciencia la señal del combate.

Rugiero se había vestido la sobrevesta del príncipe León y ostentaba en su escudo el águila de oro con dos cabezas sobre fondo rojo. No quiso usar la lanza, pues su lanza de oro era invencible, y él no quería vencer sino ser vencido; quiso luchar a pie porque su fiel caballo Frontino no fuese reconocido por Bradamante, y en fin usó la espada de León, después de quitarle el filo a martillazos. Así, casi indefenso, entró en el palenque.

Así que se oyó la señal deseada, y creyendo siempre que su enemigo era el príncipe León, Bradamante se lanzó contra él con furor nunca visto. Pero él resistía, sin atacr nunca, de un modo increíble. Redoblaba ella sus mandobles y tajos y ora le tocaba por un lado, ora por otro, girando aquí y allí y consumiéndose de despecho e impaciencia al ver que sus golpes no producían efecto alguno. Sus esfuerzos eran inútiles, pues no conseguía romper malla ni coraza, y en vano descargaba tajos y reveses sobre los

brazos, la cabeza y el pecho de Rugiero, haciendo saltar millares de chispas del escudo, del almete y de la coraza, mas sin traspasarlos.

Rugiero se mantenía siempre en guardia limitándose a defenderse con gran destreza y sin osar nunca atacar a su amada.

Y he aquí, que el sol se ponía. Y era condición del combate, que si la guerrera no había vencido a su contrario al caer el día, éste quedaría por vencedor y sería su esposo. Por eso la doncella creyendo que luchaba contra el príncipe León, redoblaba su esfuerzo.

Pero las fuerzas le faltaban ya. Aquel guerrero, que nunca atacaba, era, sólo a la defensiva, invencible. Y la corte entera, creyendo que era el príncipe León, dijo a una :

—Son dignos el uno del otro.

Cuando el sol desapareció tras el mar, el emperador mandó suspender el combate, y declaró que Bradamante estaba obligada a aceptar a León por esposo, sin excusa alguna.

La doncella se estremeció de rabia y el paladín palideció bajo la celada.

Mas he aqui, que de pronto de la tienda real

sale el propio León, sin armas, sin celada ni escudo.

—No quiero gloria que no es mía—declaró magnánimo—no he sido yo quien ha vencido a Bradamante, la andante doncella, sino un paladín desconocido, a quien ayer liberté de una muerte segura. Y en verdad que, aunque es mucho mi amor, al verlos luchar frente a frente, los dos por igual invencibles, he comprendido, como todos, que son dignos el uno del otro. Sea pues la mano de la doncella para aquel que en buena lid la ha ganado.

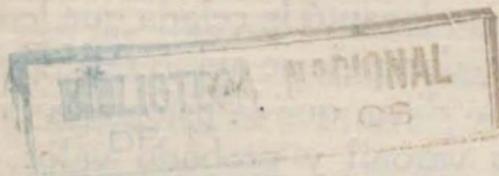
Cuando Rugiero levantó la celada que le cubría el rostro, Bradamante se sintió desfallecer de alegría. Y aún dicen que la esforzada doncella, de ánimo varonil y probado valor, se echó a llorar, en aquella ocasión, como una niña.

El mismo emperador Carlomagno, quiso ser padrino de las bodas que se celebraron con tanta esplendidez y suntuosidad como nunca se ha visto ni verá en tierras de Francia. En toda la campiña se levantaron pabellones de seda y de oro en que se albergaron los señores, los prín-

cipes y embajadores de todos los países del mundo ; y en el banquete imperial fueron tantos y tan variados los manjares y vinos que los comensales no se levantaron de la mesa en tres días con tres noches. Y de justas, torneos y fiestas no hablemos.

El hada Melisa presidió las bodas, y al lado de Carlomagno, entre el emperador y los novios, se sentó Orlando, paladín de Francia.

F I N



# LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

## COLECCIÓN ARALUCE

Esta colección se compone de las obras más famosas en el mundo y cumple a maravilla el precepto de INSTRUIR DELEITANDO, contribuyendo, además, a formar el buen gusto de los jóvenes lectores.

## OBRAS PUBLICADAS

- |   |                                    |   |   |
|---|------------------------------------|---|---|
| X | Guillermo Tell.                    | X | Don Quijote de la Mancha.<br>(2 tomos.) |
| X | Historias de Shakespeare.          | X | Cántico de Navidad.                     |
| X | Más historias de Shakespeare.      | X | Yvanhoe.                                |
| X | Los Héroeos.                       | X | Los Caballeros de la tab'la redonda.    |
| X | La Divina Comedia.                 | X | Cuentos de la Alhambra                  |
| X | Historias de Hans Andersen.        | X | La Infantina de Francia.                |
| X | Más historias de Andersen.         | X | El Paraíso perdido.                     |
| X | Historias de Wagner.               | X | Los Lusiadas.                           |
| X | Viajes de Gulliver.                | X | La Gitanilla de Cervantes.              |
| X | La Cabaña del tío Tomás.           | X | El lazarillo de Tormes.                 |
| X | Cuentos de Grimm.                  | X | Hazañas del Cid.                        |
| X | Más Cuentos de Grimm.              | X | Historias de Lope de Vega.              |
| X | Robinsón Crusoe.                   | X | Fábulas de Esopo.                       |
| X | La Ilíada.                         | X | La canción de Rolando.                  |
| X | La Odisea.                         | X | Cuentos de Hoffmann.                    |
| X | La Eneida.                         | X | Tradiciones Iberas.                     |
| X | Historias de Calderón de la Barca. | X | La Araucana.                            |
| X | Historias de Chaucer.              | X | Historias de Moliere                    |
|   |                                    | X | Historias de Goethe.                    |
|   |                                    | X | Orlando, furioso.                       |

